Giovanni Verga

LA VIDA EN EL CAMPO

PERIFÉRICA



SERIE MENOR, 23

Giovanni Verga

LA VIDA EN EL CAMPO

TRADUCCIÓN DE HUGO BACHELLI

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Vita dei campi*
MAQUETACIÓN: Grafime

© de la traducción, Hugo Bachelli, 2008, 2026
© de esta edición, Editorial Periférica, 2026. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-88-6

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

FANTASÍA

Una vez, cuando viajábamos en tren cerca de Aci Trezza, exclamaste, asomándote por la ventanilla del vagón: «¡Me gustaría pasar un mes aquí!».

Volvimos y no pasamos un mes, sino cuarenta y ocho horas. Los lugareños abrieron los ojos como platos al ver tus enormes baúles y creyeron que ibas a quedarte allí un par de años. La mañana del tercer día, cansada de contemplar a todas horas tanto verde y tanto azul, y de contar los carros que pasaban por el camino, ya estabas en la estación y, mientras jugabas impaciente con la cadena de tu frasco de perfume, estirabas el cuello para divisar un tren que no llegaba nunca.

En aquellas cuarenta y ocho horas hicimos todo lo que se puede hacer en Aci Trezza: paseamos por el camino polvoriento y trepamos a las rocas; pretendías aprender a remar y te brotaron bajo los guantes ampollas que necesitaban ser besadas. Pasamos en el mar una noche muy romántica, echando las redes para hacer creer a los barqueros que merecía la pena pescar un reuma.

El alba nos sorprendió en lo alto del acantilado, un alba modesta y pálida que todavía puedo ver, veteada de amplios reflejos violetas sobre un mar verde oscuro; semejaba una caricia para aquel grupito de casuchas que dormían casi acurrucadas en la orilla, mientras en la cima, bajo el cielo transparente y profundo, destacaba tu figura, dibujada con el sabio patrón que había trazado tu modista y el perfil, fino y elegante, que habías creado tú misma. Llevabas un vestido gris que parecía haber sido diseñado para combinarse con los colores del alba. Una bonita estampa, no cabe duda. Y cualquiera se hubiera dado

cuenta de que eras consciente de ello por el modo de ajustarte el chal y de sonreír, con tus grandes ojos abiertos y cansados ante aquel extraño espectáculo, al que se añadía otra extrañeza, la que provocaba tu propia presencia. ¿Qué pasaba por tu cabeza mientras contemplabas el sol naciente? ¿Le preguntaste quizá al sol en qué hemisferio te encontraría al cabo de un mes? Ingenuamente te limitaste a decir: «No comprendo cómo alguien puede vivir aquí toda la vida».

Sin embargo, la cosa resulta más fácil de lo que parece. En primer lugar, basta con no poseer cien mil liras de renta y, por el contrario, realizar todo tipo de trabajos entre aquellos grandes escollos, engarzados en el azul, que te hacían batir palmas de admiración. Basta con eso, tan poco, para que los pobres diablos que nos esperaban dormitando en la barca encuentren entre aquellas destartaladas y pintorescas casuchas, que vistas de lejos parecían también estar mareadas, todo lo que tú te empeñas en buscar en París, Niza o Nápoles.

Es algo sin duda muy particular, y quizá sea mejor así para ti y para los que son como tú.

Aquel montón de casuchas está habitado por pescadores: «gente de mar», dicen ellos, como otros dirían «gente de toga». Tienen la piel más dura que el pan que comen, cuando lo comen, pues el mar no es siempre tan amable como cuando besaba tus guantes… En los días negros, cuando gruñe y bufa, hay que contentarse con mirarlo desde la orilla, mano sobre mano o tumbado boca abajo, que es la mejor postura para quien no ha desayunado. En esos días hay una multitud a la puerta de la taberna, pero suenan pocas monedas sobre la hojalata del mostrador, y los chiquillos que pululan por el pueblo, que parecen alimentados por la miseria, chillan y se arañan como si tuvieran el diablo en el cuerpo.

De cuando en cuando, el tifus, el cólera, el mal año o la borrasca dan un buen escobazo en aquel hormiguero, del que en realidad se diría que no debiera desear otra cosa que lo barrieran y desaparecer; con todo, revive en el mismo sitio, no sé decirte cómo ni por qué. ¿No te has entretenido nunca, después de un aguacero de otoño, en dispersar un ejército de hormigas escribiendo distraídamente en la arena del paseo el nombre de tu última pareja de baile? Algunos de esos pobres insectos se habrán quedado pegados a la contera de tu paraguas, retorciéndose de dolor; pero todos los demás, tras cinco minutos de pánico y agitación, habrán vuelto a agruparse desesperadamente en su montaña de tierra. Tú no regresarías ni yo tampoco; pero, para poder comprender semejante terquedad, heroica en ciertos aspectos, es necesario que también nosotros nos empequeñezcamos, que limitemos todo el horizonte a dos pedruscos y miremos en el microscopio las pequeñas causas por las que también laten los corazones pequeños. ¿Quieres echar un vistazo, tú, que miras la vida por el otro lado de los prismáticos? El espectáculo se te antojará extraño y quizá por eso te divierta.

Hemos sido muy amigos, ¿recuerdas? Y me has pedido que te dedique alguna página. ¿Para qué? «*À quoi bon?*», como sueles decir tú. ¿Qué puede valer lo que yo escribo para quien te conoce? Y, para quien no te conoce, ¿qué significas? El caso es que me acordé de tu capricho un día que volví a ver a aquella pobre mujer a la que solías dar limosna con la excusa de comprarle las naranjas que tenía puestas en fila en un banquillo, ante su puerta. Ya no existía el banquillo, habían cortado el níspero del corral y la casa tenía una ventana nueva. Lo único que no había cambiado era la mujer, que estaba un poco más allá tendiendo la mano a los carreteros, acurrucada sobre el montón de piedras que cierran el paso al antiguo puesto de la guardia nacional; y yo, según iba con mi cigarro en la boca, pensé que también ella, pobre como era, te había visto pasar, blanca y magnífica.

No te enfades por haberme acordado de ti de ese modo y en esa situación. Además de los gratos recuerdos que me dejaste, conservo otros cien, vagos, confusos, heterogéneos, recogidos aquí y allá, no sé dónde, quizá algunos los haya soñado despierto, y, en el batiburrillo que formaban en mi memoria mientras pasaba por aquella calleja donde sucedieron tantas cosas alegres y dolorosas, la mantilla de aquella mujercilla temblorosa, acuclillada, puso una nota triste y me hizo pensar en ti, hastiada de todo, incluso de las adulaciones que pone a tus pies el periódico de moda citándote con frecuencia en las primeras líneas de la crónica de sociedad, hastiada como para tener el capricho de ver tu nombre en las páginas de un libro.

Cuando escriba el libro, probablemente tú ya no pienses en ello; entretanto, los recuerdos que te envío, en todos los sentidos tan alejados de ti, ebria de fiestas y de flores, te producirán el efecto de una brisa deliciosa en medio de las ardientes veladas de tu eterno carnaval. El día que regreses a aquel lugar, si es que lo haces, y nos sentemos juntos de nuevo para impulsar los guijarros con el pie y fantasías con el pensamiento, hablaremos tal vez de aquellas ebriedades que la vida ofrece en otros parajes. Puedes también imaginar que mi pensamiento ha viajado hasta aquel ignorado rincón del mundo, ya sea porque en él se posó tu pie; ya sea por apartar mis ojos del brillo, de joyas o de fiebre, que te sigue por todas partes; ya sea porque te he buscado inútilmente en todos los lugares a los que la moda confiere alegría. Así pues, ya lo ves: aquí, como en el teatro, ocupas siempre el primer puesto. ¿Te acuerdas de aquel viejecito que estaba al timón de nuestra barca? Le debes un tributo de agradecimiento porque evitó al menos diez veces que se te mojaran tus hermosas medias azules. El pobre diablo ha muerto en el hospital, en una gran sala blanca, entre sábanas blancas, comiendo pan blanco, servido por las blancas manos de las hermanas de la Caridad, que no tenían otro defecto que

el de no comprender los míseros lamentos que el pobrecillo balbucía en su semibárbaro dialecto.

Pero, si hubiera podido desear alguna cosa, él habría querido morir en aquel rincón oscuro, junto al fuego, donde tantos años estuvo su cama, «bajo su tejado»; tanto es así que, cuando se lo llevaron, lloraba quejándose mansamente, como hacen los viejos.

Había vivido siempre entre aquellas cuatro piedras y frente a aquel mar hermoso y traidor con el que tuvo que luchar todos los días para ganarse la vida y no dejarse en él la piel; sin embargo, en los momentos en que tomaba el sol tranquilamente, aovillado sobre la bancada de su barca, con las rodillas entre los brazos, no habría girado la cabeza para mirarte, y habrías buscado vanamente en aquellos ojos atónitos el reflejo de tu belleza, como cuando tantas frentes altivas se inclinan a tu paso en los espléndidos salones y te miras en los envidiosos ojos de tus mejores amigas.

La vida es rica, como ves, en su incansable variedad, y puedes, por lo tanto, sin escrúpulos y a tu manera, gozar de la parte de riqueza que te ha correspondido. Aquella muchacha, por ejemplo, que asomaba la cabeza detrás del tiesto de albahaca cuando el frufrú de tu vestido revolucionaba la calleja, si veía otro rostro conocido en la ventana de enfrente, sonreía como si también ella fuera vestida de seda. ¡Quién sabe qué pobres glorias soñaba en el alféizar, tras la olorosa albahaca, con la vista fija en aquella otra casa coronada con sarmientos de vid! Y la risa de sus ojos no habría acabado en lágrimas amargas, allá en la ciudad, lejos de las piedras que la habían visto nacer y la conocían, si su abuelo no hubiera muerto en el hospital, si su padre no se hubiera ahogado ni toda su familia se hubiera dispersado a causa de la funesta ráfaga de viento que había arrastrado a uno de sus hermanos hasta la cárcel de Pantelaria. «*Nei guai*», como dicen allí abajo.

Mejor suerte les tocó a los que ya murieron: en la batalla de Lissa el uno, el más grande, aquel que parecía un David de cobre, erguido con el arpón en la mano e iluminado por las bruscas llamas que producía la madera de yedra. Alto y grande como era, se ponía colorado cuando lo mirabas con tus ardientes ojos; no obstante, murió como un buen marino, sobre la verga del trinquete, aferrado a las jarcias, agitando el gorro y por última vez saludando, con su viril y salvaje grito isleño, a la bandera. El otro, aquel hombre que en el islote no se atrevía a tocarte el pie para liberarlo del lazo tendido a los conejos y con el que te habías enredado por lo atolondrada que eres, se perdió una oscura noche de invierno, solo en su barca, en medio de unas olas desatadas, cuando entre la barca y la orilla, donde lo esperaban los suyos corriendo como locos de un lado a otro, había sesenta millas de tiniebla y tempestad. Tú no habrías podido imaginar el desesperado y terrible coraje con el que fue capaz de luchar contra tal muerte aquel hombre al que intimidaba la obra maestra de tu zapatero.

Mejor para los que han perecido, pues no tendrán que comer ni el *pan del rey*, como el pobrecillo que está en la cárcel, ni ese otro pan que se gana su hermana,[1] ya que así no tendrán que andar como la mujer de las naranjas, viviendo de la gracia de Dios, una gracia muy escasa en Aci Trezza. ¡Ellos, al menos, no necesitan nada ya! Esto mismo dijo el chico de la tabernera cuando, yendo por la última vez al hospital a preguntar por el anciano y llevarle a escondidas esos caracoles guisados que son tan fáciles de chupar para los que no tienen dientes, encontró la cama vacía, con la colcha extendida y muy limpia; acto seguido, tras escabullirse por el patio, fue a plantarse delante de una puerta toda cubierta de papeles y vio por el ojo de la cerradura una gran sala vacía, sonora y fría en verano, y el extremo de una larga mesa de mármol sobre la que había un lienzo grande y rígido. Y, pensando que aquéllos al

menos ya no necesitaban nada, se puso a chupar uno a uno, para pasar el tiempo, aquellos caracoles inservibles.

Apretando contra tu pecho el manguito de zorro azul, te acordarás con placer de haberle dado cien liras al pobre viejo.

Quedan los pilluelos que te escoltaban como chacales y asediaban los naranjos; siguen rondando a la mendiga, levantándole el vestido como si hubiera pan debajo, recogiendo los troncos de las coles, las cáscaras de naranja y las colillas de los cigarros, todas esas cosas que se tiran a la calle y que sin embargo deben de tener algún valor, ya que hay gente pobre que vive de ellas; de hecho, merced a todo ello, aquellos chiquillos desarrapados hambrientos y rollizos se ganan la vida tan bien que, aun en medio del fango y del polvo del camino, crecerán fuertes y robustos como su padre y su abuelo, y poblarán Aci Trezza de otros mocosos desarrapados, los cuales vivirán la vida alegremente, usando su dentadura cuanto puedan, como el viejo abuelo, sin desear otra cosa, limitándose a rezarle a Dios para poder cerrar los ojos donde los abrieron por primera vez, en manos del médico del pueblo, que acude todos los días en su asno, como Jesús, para ayudar a la buena gente que se va. «¡En definitiva, el ideal de las ostras!», dirás tú.

Precisamente el ideal de las ostras… Y no tenemos otro motivo para encontrar ridículo ese ideal que el no haber nacido ostras nosotros mismos.

Por otra parte, el tenaz apego de esa pobre gente al escollo en que la fortuna los ha dejado caer mientras sembraba príncipes aquí y duquesas allá, esa valiente resignación a una vida de sacrificio, esa religión de la familia que se refleja en el trabajo, en la casa, en las piedras que la rodean, todas ellas me parecen –al menos en este momento– cosas muy serias y respetables. Para mí que las inquietudes de todos los que tienen el pensamiento errantes se adormecerían dulcemente en la serena paz de esos sentimientos bondadosos y simples que se suceden sin cambios y en calma de generación en generación.

(Me parece que podría verte pasar con tus caballos al trote, al son del alegre tintineo de sus cascabeles, y saludarte tan tranquilo.) Tal vez porque he buscado demasiadas veces adivinar el torbellino que te rodea y te sigue, he podido leer ahora una necesidad fatal en los tenaces apegos de los débiles, en el instinto que tienen de arrimarse los unos a los otros para resistir las tempestades de la vida, y he intentado descifrar el modesto y desconocido drama que seguramente haya destrozado a esos plebeyos actores que conocimos juntos. Un drama que tal vez algún día te contaré y cuyo argumento me parece que se resume así: cuando uno de aquellos seres, el más débil, el más incauto, el más egoísta de todos, quiso separarse de los suyos por deseo de lo desconocido, por ansias de algo mejor o por curiosidad de conocer el mundo, el mundo, como pez voraz que es, se lo tragó y con él a los suyos.

Desde este punto de vista, no le falta interés al drama.

Para las ostras, el argumento más interesante debe de ser el que trata de la asechanza de los langostinos o del cuchillo del buzo que las arranca de la roca.

JELI, EL POTRERO

Jeli, el cuidador de caballos, tenía trece años cuando conoció a don Alfonso, el señorito; pero era tan pequeño que no llegaba ni a la panza de la *Blanca*, la vieja yegua que portaba la esquila de la manada. Se lo veía siempre de acá para allá por los montes y los llanos donde pastaban sus caballos, recto e inmóvil sobre algún montículo o sentado en una roca. Su amigo don Alfonso, cuando estaba de vacaciones, iba a buscarlo todos los días a Tebidi y compartían el chocolate del amo, el pan del potrero y la fruta robada al vecino. Al principio, Jeli trataba de *excelencia* al señorito, como es habitual en Sicilia, pero, después de zurrarse de lo lindo, su amistad se volvió inexpugnable.

Jeli enseñó a su amigo a trepar a los nidos que las urracas hacían en las copas de los nogales, más altos que el campanario de Licodia; a cazar de una pedrada los pájaros al vuelo, o a montar de un salto y a pelo en las yeguas aún sin domar, agarrando por la crin a la primera que se le ponía a tiro, sin asustarse de los relinchos de cólera de los potros salvajes ni de sus saltos desesperados.

Ay, las escapadas por los campos segados, con las crines al viento. Ay, los hermosos días de abril, cuando el aire ondulaba la verde hierba y las yeguas relinchaban en los pastizales. Ay, los claros mediodías estivales, cuando el campo, blanquecino, callaba bajo el cielo fosco y los saltamontes brincaban entre los surcos como si los rastrojos ardiesen. Ay, el limpio cielo del invierno y el cierzo a través de las desnudas ramas de los almendros, que se estremecían, y el sendero, que resonaba helado bajo los cascos de los caballos, y las alondras, que cantaban en lo alto buscando el calor y el azul. Ay, las hermosas

noches de verano, cuando ascendía poco a poco, como la niebla, el buen olor del heno, en el que uno podía hundirse, y el melancólico zumbido de los insectos nocturnos, y aquellas dos notas de la flauta de caña de Jeli, las de siempre –¡fiu, fiu, fiu!–, que hacían pensar en las cosas lejanas, en las fiestas de San Juan, en la Nochebuena, en el final de la romería, en todos los acontecimientos ya pasados, que a lo lejos parecen tristes y hacen mirar hacia las alturas con los ojos húmedos, como si todas las estrellas que van encendiéndose en el cielo llovieran en el corazón y lo inundasen.

Jeli no participaba de esa melancolía; él se pasaba el tiempo sentado en un ribazo, hinchando los carrillos, tocando y tocando: ¡fiu, fiu, fiu!

Luego reunía a la caballada a fuerza de gritos y pedradas, y la conducía hacia la cuadra, más allá del cerro de La Cruz.

Subía anhelante la cuesta al otro lado del valle y le gritaba a veces a su amigo Alfonso:

–¡Llama al perro, llama al perro!

O también:

–Tírale una piedra al zaino, que está antojadizo y va parándose a cada paso en las matas del valle.

O:

–Mañana, llévame una aguja gruesa, de las de la señora Lia.

Sabía hacer toda clase de labores de costura y llevaba consigo un atado de trapos para remendarse los calzones y las mangas del jubón; sabía tejer asimismo trencillas de crin de caballo y él mismo se lavaba también el pañuelo que se ponía al cuello cuando tenía frío. En suma: si tenía a mano su zurrón, no necesitaba a nadie más, aunque estuviera en los bosques de Resecone o perdido en el confín de los llanos de Caltagirone.

La señora Lia solía decir:

–Ahí tenéis a Jeli, el potrero; como ha estado siempre solo por el campo, cual si le hubieran parido sus yeguas, sabe apañárselas.

Por lo demás, era cierto que Jeli no tenía necesidad de nadie; pero todos los de la hacienda habrían hecho de buen grado cualquier cosa por él, pues era un muchacho servicial. La señora Lia le cocía el pan, y él se lo agradecía con preciosos cestillos de mimbre para los huevos, mesas de caña y otras baratijas.

En Tebidi todos lo conocían desde pequeño, cuando aún no llegaba a las colas de los caballos.

Había crecido, decían siguiendo el proverbio, «como caído del cielo, como si la tierra lo hubiera recogido».

Su madre servía en Vizzini y no lo veía más que una vez al año, cuando él iba con los potros a la feria de San Juan. Y, el día en que murió y fueron a avisarlo, Jeli pasó sólo una jornada lejos de sus caballos, aunque regresó tan triste que los potrillos invadían los sembrados.

–¡Eh, Jeli! –le gritó entonces el señor Agrippino desde la era–. ¿Es que quieres probar el vergajo, hijo de perra?

Jeli echó a correr tras los potros desmandados y los condujo poco a poco hacia el monte. Pero ante los ojos tenía siempre a su madre, con la cabeza envuelta en aquel pañuelo blanco, muda ya.

Su padre estaba de vaquero en Ragoleti, pasado Licodia, «donde se respiraba la malaria», según decían los campesinos de los alrededores; pero en los terrenos pantanosos los pastos son buenos y las vacas no cogen las fiebres. Así pues, Jeli se pasaba en el campo todo el año, bien en Don Ferrante, bien en los cercados de Commenda, bien en el valle del Jacitano, y los cazadores o los caminantes que tomaban los atajos lo veían siempre de acá para allá, como perro sin amo.

No le disgustaba aquello porque estaba acostumbrado a ir con los caballos, que andaban paso a paso delante de él buscando tréboles, y con los pájaros,

que revoloteaban en bandadas a su alrededor, mientras el sol hacía su lento viaje, hasta que se alargaban las sombras y finalmente se deshacían. Tenía tiempo para ver amontonarse las nubes poco a poco, simulando montes y valles; sabía cómo sopla el viento cuando hay temporal y de qué color son las nubes cuando está a punto de nevar.

Todo tenía su aspecto y su significación, y había siempre cosas que ver y que oír. Así, cuando al anochecer el potrero se ponía a tocar su flauta de saúco, la yegua negra se acercaba, masticando tréboles, y se quedaba mirándolo fijamente con sus grandes ojos pensativos.

Donde únicamente sentía cierta melancolía era en las desiertas landas de Passanitello, donde no hay un arbusto ni una mata, y donde en los meses de calor no vuela un pájaro. Los caballos se reunían en corro, con la cabeza baja, para darse sombra los unos a los otros, y en los largos días de la trilla llovía aquella gran luz silenciosa, agobiante y siempre igual durante dieciséis horas.

Pero donde el pasto era abundante y los caballos estaban a gusto, el muchacho se ocupaba en cualquier otra cosa. Hacía jaulas de caña para grillos, pipas y cestillos de junco. Sabía levantar un refugio cuando la tramontana empujaba hacia el valle las largas hileras de cuervos o cuando las cigarras batían las alas al sol que abrasaba los rastrojos. Asaba las bellotas del encinar en las brasas de los sarmientos y cocía las grandes rebanadas de pan cuando éste empezaba a ponerse mohoso, pues cuando estaba en Passanitello durante el invierno los caminos se deterioraban tanto que muchas veces transcurrían quince días sin que por ellos pasara un alma.

Don Alfonso, que estaba pegado a las faldas de su madre, envidiaba a su amigo Jeli el zurrón en que llevaba todo su menaje, el pan, las cebollas, la botellita de vino, el pañuelo para el frío, el atado de trapos con el hilo y las agujas gruesas, la cajita de hojalata con la yesca y el pedernal. Le envidiaba también la soberbia yegua Pía, aquel animal de rizos enhiestos en la frente que

bufaba cuando alguien quería montarla. Por Jeli, en cambio, se dejaba montar y rascar las orejas, y se quedaba quieta, como escuchando lo que el muchacho le decía.

–Deja a la Pía –le recomendaba Jeli a Don Alfonso–. No es mala, pero no te conoce.

Don Alfonso le replicaba que no todos nacían sabiéndolo todo y que él mismo, Jeli, debería ir al colegio a estudiar. A continuación, Jeli le pedía a su amigo que le leyera algo, pues le gustaba la poesía, con su música, para él incomprensible pero hermosa. Otras veces, Jeli mismo se inventaba unos versos que don Alfonso copiaba ante la admiración del potrero. Éste no podía comprender que lo que había dicho él por su boca luego pudiera reproducirse sobre un papel. Como no comprendía, sospechaba. Con la misma desconfianza salvaje que su yegua Pía.

Sólo aquello le maravillaba y no lo que para otros habría sido sorpresa o novedad. Si le hubieran dicho que en la ciudad los caballos van sentados en los carruajes, habría permanecido impasible, con esa máscara de indiferencia oriental que parece guardar la dignidad del campesino siciliano. Se atrincheraba instintivamente en su ignorancia, como si fuese la fuerza de su pobreza. «Yo no sé nada, soy pobre», repetía, con una sonrisa obstinada que quería ser maliciosa, siempre que le faltaban argumentos.

Había pedido a su amigo Alfonso que le escribiera un nombre, «Mara», en un pedazo de papel que había encontrado no sabía ya dónde, pues recogía cuanto veía por el suelo. Unos días después le dijo a Alfonso:

–Tengo novia.

Alfonso, aunque sabía leer, abrió los ojos desmesuradamente.

–Sí –repitió Jeli–, Mara, la hija del señor Agrippino, que antes trabajaba aquí y que ahora está en Marineo, en ese caserío tan grande del llano.

–Así que vas a casarte…

–Sí, cuando sea mayor y tenga seis onzas de salario al año. Mara no sabe nada todavía.

–¿Por qué no se lo has dicho?

Jeli movió la cabeza y reflexionó. Luego desdobló el papel donde Alfonso había escrito «Mara».

–Es verdad que aquí dice «Mara»; lo ha leído don Gesualdo, el guarda, y fray Cola, cuando bajó en busca de las habas.

–¿Qué vas a hacer ahora con ese pedazo de papel, si no sabes leer? –le preguntó Alfonso.

Jeli se encogió de hombros, pero continuó doblándolo cuidadosamente.

Había conocido a Mara cuando ambos eran niños, en el valle, cogiendo moras en un zarzal. La chiquilla, que pensaba que todas aquellas moras eran suyas, se abalanzó al cuello de Jeli, como si éste fuera un ladrón. Se pegaron por turno riguroso y, cuando se cansaron o se aburrieron, ella le preguntó:

–¿Tú quién eres? –Al ver que Jeli no respondía, prosiguió–: Yo soy Mara, la hija del señor Agrippino, que es quien está a cargo de estos campos.

Jeli soltó entonces la presa sin decir nada, y la chica se puso a recoger las moras que se le habían caído por el suelo, mirando de reojo de cuando en cuando a su adversario.

–Al otro lado del puentecillo, en el seto del huerto, hay muchas moras, y muy gordas –añadió la niña–, y se las comen las gallinas.

Jeli, sin embargo, se alejaba poco a poco. Tras seguir con los ojos al muchacho hasta que éste se perdió en el encinar, Mara se dio media vuelta y se fue corriendo a casa.

Pero desde aquel día comenzaron a buscarse.

Mara iba a hilar estopa al parapeto del puentecillo y Jeli conducía la caballada hacia las faldas del cerro del Bandido. Al principio se guardaba cierta distancia con ella, aunque revoloteándole alrededor, mirándola de lejos con

aire desconfiado, acercándose con paso cauteloso como un perro acostumbrado a las pedradas. Cuando al cabo de un rato se juntaban, permanecían horas enteras sin abrir la boca: Jeli observaba atentamente el complicado trabajo de media que le había mandado hacer a Mara su madre; Mara lo miraba tallar dibujos en las varas de almendro.

Luego se iban cada uno por su lado sin decirse palabra.

Por el tiempo de los higos chumbos, se pasaban todo el santo día pelándolos, escondidos en la espesura de un matorral. Vagabundeaban juntos bajo los nogales centenarios: Jeli vareaba las nueces, que llovían como granizo, y la niña las recogía entre risas.

Aquel invierno fue muy duro a causa del frío, y Mara no se atrevió a asomar la nariz. A veces, al anochecer, se veía el humo de la fogata que Jeli hacía en el Literero o en el cerro de la Abundancia para no quedarse aterido. También a los caballos les gustaba acercarse a aquel fuego y se apretaban unos con otros para calentarse.

En marzo regresaron las alondras al llano, los pájaros al tejado, las hojas y los nidos a los setos, y Mara volvió a andar en compañía de Jeli sobre la blanda hierba, entre las matas en flor, bajo los árboles, todavía desnudos, que empezaban a pintarse de verde. Unas veces Jeli se metía entre los espinos como un sabueso para encontrar los nidos de los mirlos; otras, aparecía con dos gazapos en la camisa. Correteaban juntos por el rastrojo como si ellos fueran potros también.

Así pasaron todo el verano.

Un día, cuando el sol empezaba a ponerse tras el cerro de la Cruz, cuando ya no se oían grillos ni cigarras, en aquella hora en la que se propagaba por el aire algo así como una gran melancolía, llegó a la cabaña de Jeli su padre, el vaquero, que había cogido la malaria en Ragoleti y no podía ni tenerse sobre el

burro que lo había transportado. Jeli encendió el fuego a toda prisa y corrió «a las casas» a buscar algún huevo de gallina.

Jeli asistía a su padre lo mejor que sabía. Todas las mañanas, antes de salir con los potros, le dejaba preparada una infusión de eucalipto, un haz de sarmientos a mano y unos huevos en la ceniza caliente, y regresaba temprano, antes de que anocheciera, con más leña, una botella de vino y algún pedazo de carne de carnero que había ido a comprar a Licodia. El pobre muchacho lo hacía todo con gracia, como una buena ama de casa, y su padre, mientras lo seguía con sus cansados ojos por la cabaña, sonreía de cuando en cuando mientras pensaba que el chico sabría salir adelante una vez que se quedara solo. Los días en que la fiebre remitía unas horas y mientras calentaba el sol, se sentaba a la puerta a esperar a Jeli. Cuando éste dejaba caer en la entrada el haz de leña y ponía sobre la mesa la botella y los huevos, le decía:

–Pon a hervir el eucalipto para esta noche.

O también:

–Ten en cuenta, para cuando yo no esté, que el oro de tu madre lo tiene a recaudo la tía Agata.

Y Jeli decía que sí con la cabeza.

–Es inútil –repetía el señor Agrippino cada vez que se acercaba por la cabaña–. Tu padre tiene ya toda la sangre apestada.

Las últimas palabras que escuchó de su padre fueron éstas:

–Cuando me muera, ve al amo de las vacas, a Ragoleti, y que te dé tus onzas y el trigo que me debe de mayo a esta parte. «Ahora sí que estoy en el mundo lo mismo que un potro perdido al que pueden comerse los lobos en cualquier momento», pensó Jeli cuando se llevaron a su padre al cementerio de Licodia.

Mara, con esa inquieta curiosidad que despiertan las cosas espantosas, fue también a casa del difunto.

–¡Mira cómo me he quedado! –le dijo Jeli.

La niña se echó atrás asustada por miedo a que quisiera hacerle entrar en la casa donde había estado el muerto.

Jeli fue a recoger el dinero de su padre y se marchó con el ganado a Passanitello, donde la hierba ya estaba alta en el terreno en barbecho y el pasto era abundante; por eso los potros estuvieron allí pastando mucho tiempo.

Jeli, entretanto, se había hecho muy mayor. Y también Mara debía de haber crecido, pensaba él muchas veces mientras tocaba la flauta.

Luego, después de aquel tiempo, cuando regresó a Tebidi conduciendo con cuidado a las yeguas por los resbaladizos senderos de la fuente del tío Cosimo, lo primero que hizo fue buscar con los ojos el puentecillo y la casa en el Jacitano, y el tejado de las «casas grandes», sobre el que siempre revoloteaban las palomas.

Enseguida supo que el amo había despedido al señor Agrippino y que la familia de Mara debía desalojar la casa. Jeli se encontró a la muchacha muy crecida y hermosa; estaba a la puerta del corral viendo cómo cargaban su ropa en la carreta. En la casa, la estancia vacía parecía más oscura que de costumbre. La mesa, la cama, la cómoda, las estampas de la Virgen y san Juan, incluso los clavos para colgar las calabazas de las semillas, habían dejado su señal en las paredes.

–Nos vamos –le dijo Mara–. Nos vamos a Marineo, donde está ese caserío tan grande, en el llano.

Jeli ayudó al señor Agrippino y a la señora Lia a cargar la carreta, y cuando ya no hubo nada que sacar de la habitación fue a sentarse con Mara en el abrevadero.

–Tampoco las casas –le dijo luego que la vio cargar la última cesta en la carreta–, tampoco las casas, cuando se saca lo que tienen dentro, parecen las mismas.

–En Marineo –respondió Mara– tendremos un cuarto más bonito, dice mi madre, y tan grande como el almacén del queso.

–Cuando te marches no volveré más por aquí: si veo esa puerta cerrada me parecerá que ha vuelto el invierno.

–En Marineo encontraremos otra gente: a Gilda, a Pudda la Pelirroja, a la hija del mayoral, a Santina… Lo pasaremos bien. Y por la siega irán más de ochenta segadores con su cornamusa, y bailaremos en la era.

El señor Agrippino y su mujer habían echado a andar con la carreta; Mara corría tras ellos muy contenta, llevando la cesta con los pichones. Jeli quiso acompañarla hasta el puentecillo y, cuando estaba a punto de desaparecer en el valle, la llamó:

–¡Mara, Mara!

–¿Qué quieres? –dijo ella.

No sabía lo que quería.

–Y tú, ¿qué vas a hacer ahora aquí solo? –le preguntó entonces la muchacha.

–Yo me quedo con los potros.

Cuando Mara se fue, Jeli se quedó allí, quieto, tanto que oyó mucho tiempo el traqueteo de la carreta, que se tambaleaba sobre las piedras.

El sol tocaba las altas rocas del cerro de la Cruz; las grises cabelleras de los olivos se esfumaban en el crepúsculo, y en la lejanía del campo no se oía más que la esquila de la *Blanca* y un silencio inmenso.

Mara, apenas se vio en Marineo entre gente nueva y en medio de la vendimia, se olvidó de él. Pero Jeli pensaba siempre en ella porque no tenía otra cosa que hacer en los largos días. Ahora ya no tenía motivo para bajar al valle, al otro lado del puentecillo, y nadie lo veía en la hacienda. Así, ignoró durante mucho tiempo que Mara tenía novio. Bajo el puentecillo había pasado mucha agua.

No volvió a ver a la muchacha hasta el día de la fiesta de San Juan, cuando fue a la feria a vender unos potros. Aquella fiesta que le quitó las ganas de comer.

Aquel día, el mayoral esperaba nervioso los potros desde el amanecer, yendo de acá para allá con sus polainas relucientes, detrás de las grupas de los caballos y las mulas puestos en fila a un lado y a otro de la carretera. La feria estaba ya a punto de acabar y Jeli no asomaba aún con el ganado por el recodo que hacía la carretera. En las empinadas cuestas del Calvario y del Molino de Viento quedaba aún un rebaño de ovejas apretadas en corro, con el hocico en tierra y los ojos cerrados, así como una pareja de bueyes de pelo largo, de esos que se venden para pagar la renta de las tierras, esperando inmóviles bajo el sol ardiente.

Abajo, en el valle, la campana de San Juan tocaba a misa mayor, acompañada del largo estampido de las escopetas.

La feria parecía estremecerse por un griterío que se prolongaba entre los tenderetes de los vendedores alineados en la cuesta de los Gallos, descendía por las calles del pueblo y regresaba desde donde se alzaba la iglesia.

–¡Viva san Juan! –gritaba el mayoral mientras pensaba: «¡Diablos! Por culpa del maldito Jeli me voy a perder la feria».

Las ovejas, atónitas, levantaban el hocico y se ponían a balar todas a una, mientras los bueyes andaban lentamente, mirando en derredor con sus enormes ojos.

El mayoral estaba tan enfadado porque aquel día había que pagar el arrendamiento de los cercados grandes, «cuando san Juan llegara a los pies del olmo» decía el contrato, y para completar la cantidad habían contado con la venta de los potros. «Se habrá tumbado a dormir el muy ladrón.»

Pero Jeli había andado toda la noche para que los potros llegaran frescos a la feria y, cuando pisó el llano del Cuervo, aún no se habían puesto las estrellas

que brillaban sobre el monte Arturo. Por el camino pasaban de continuo carros y gentes a caballo que iban a la fiesta; él llevaba los ojos bien abiertos para que los potros no se espantaran y siguieran todos juntos a lo largo de la cuneta, tras la *Blanca*, que marchaba tranquila. Algunas veces, cuando el sendero discurría por la cumbre de las colinas, desde allí arriba se oía la campana de San Juan, lo que indicaba que, aun en la penumbra y el silencio del campo, llegaba la fiesta. Por todo el camino, a lo lejos, se oía gritar «¡Viva San Juan!», y los cohetes ascendían derechos y relucientes tras los montes de la Canziria, como las estrellas que llueven en agosto.

–¡Es como la Nochebuena! –le iba diciendo Jeli al muchacho que le ayudaba a conducir la caballada.

El muchacho dormitaba arrastrando muy despacio una pierna tras otra y no decía nada. Pero Jeli, a quien aquella campana le hacía hervir la sangre, no podía estar callado, como si los cohetes que rasgaban la oscuridad, sordos y relucientes tras el cerro, le salieran a él del alma.

–Mara también habrá ido a la fiesta de San Juan –decía–, porque va todos los años. –Y, sin preocuparse de que Alfio, el muchacho, no respondiera nada, añadió–: Ahora Mara está así de alta, más que su madre. Y se puso a cantar en voz alta todas las canciones que sabía–. Alfio, ¿te duermes? ¡Mira que la *Blanca* va siempre tras de ti.

–¡No, no me duermo! –respondió Alfio con voz ronca.

–¿Ves cómo nos mira el lucero del alba allí, sobre Granvilla, como si disparasen cohetes también en Santa Domenica? Ya poco falta para que rompa el alba; pero llegaremos a la feria a tiempo de encontrar un buen sitio. ¡Ya verás, *Morenito*, cómo tendrás cabezada nueva, con tus jaeces colorados para la feria! ¡Y tú también, *Estrellado*!

Les hablaba a los potros para que se calmaran.

Pero le entristecía que el *Estrellado* y el *Morenito* acabaran vendidos en la feria.

–Cuando los compren se irán con el nuevo amo, y ya no se los verá en la caballada, como ha pasado con Mara desde que se marchó a Marineo… Su padre está muy bien allí; cuando fui a verlos, me pusieron delante pan, vino y queso, porque él es casi el mayoral y tiene las llaves de todo, y si hubiera querido me habría comido toda la hacienda. Mara casi no me reconoció de tanto tiempo como hacía que no nos veíamos y se puso a gritar: «¡Anda! ¡Mira quién está aquí! ¡Jeli, el potrero, el de Tebidi!». Es como cuando uno vuelve de lejos, que sólo con ver el pico de un monte reconoce enseguida la tierra donde ha nacido. La señora Lia no quería que tuteara a su hija, ahora que ya se ha hecho mayor, porque la gente ignorante chismorrea luego. Mara se reía y parecía que acababa de cocer el pan de lo colorada que estaba. Y ponía la mesa y extendía el mantel: no parecía la misma. «Y qué… ¿te acuerdas de Tebidi?», le pregunté en cuanto la señora Lia salió para sacar vino fresco del barril. «Claro que me acuerdo –dijo ella–. En Tebidi había una campana y un campanario que parecía el asa de un salero, y se tocaba desde el atrio, y había también dos gatos de piedra que hacían la guardia a la puerta del jardín.» Yo sentía dentro de mí todas aquellas cosas según ella las iba recordando. Mara me miraba de pies a cabeza y volvía a decirme «¡Cuánto has crecido!», y se echaba a reír.

Así fue como Jeli, el potrero, perdió su sustento: de improviso, una carroza a la que no habían oído antes se puso al trote al llegar al llano, con gran estrépito de látigo y cascabeles.

Los potros, espantados, se desbandaron en un instante, hasta que Jeli consiguió que se reunieran tras la *Blanca*. Nada más contar sus caballos, se percató de que faltaba el *Estrellado* y se llevó las manos a la cabeza, pues por allí el camino discurría a lo largo de un barranco.

Y en el barranco fue donde el *Estrellado* se rompió las patas. Un potro que valía doce onzas.

Llorando y gritando llamaba Jeli al potro, al que no se veía por parte alguna. Por fin el *Estrellado* respondió dando un doloroso relincho desde el fondo del despeñadero…

–¿Qué se le habrá roto? –sollozaba Jeli, desesperado al no poder ver nada en la oscuridad.

Alfio, que se había quedado en el camino al cuidado de la caballada y estaba más sereno que Jeli, sacó el pan del zurrón.

El cielo se había puesto blancuzco, y los cerros de alrededor parecían despuntar uno a uno, altos y negros. Desde la revuelta del sendero se divisaba el pueblo, con su monte Calvario y su molino de viento recortados contra el amanecer, penumbrosos aún, sembrados de las blancas manchas de los rebaños. Y, como los bueyes pastaban en lo alto, en el azul casi, parecía como si el contorno del alcor se animara y hormigueara de vida.

La campana no se oía ya desde el fondo del barranco; los caminantes eran cada vez menos y los pocos que pasaban tenían prisa por llegar a la feria. El pobre Jeli no sabía qué hacer; Alfio mordisqueaba tranquilamente su pedazo de pan.

Entonces vieron aproximarse en una mula al mayoral, que, al ver los caballos parados en el camino, desde lejos gritaba y blasfemaba, tanto que Alfio, asustado, se puso a correr monte arriba. Jeli no se movió, permaneció junto al *Estrellado*. El mayoral bajó por el barranco e intentó ayudar al potro a levantarse tirándole de la cola.

–¡Déjelo! –decía Jeli, pálido como si hubiese sido él quien se hubiera roto las piernas–. ¡Déjelo! ¿No ve que el pobre animal no se puede mover?

En efecto, el *Estrellado*, a cada esfuerzo que le obligaban a hacer, gemía. El mayoral se desahogaba dándole patadas y puñetazos a Jeli, clamando contra los

ángeles y los santos del cielo. Mientras, Alfio, que había regresado al camino para no dejar a los caballos sin guarda, intentaba disculparse diciendo:

–Yo no tengo la culpa. Yo iba delante, con la *Blanca*.

–Aquí ya no hay nada que hacer –dijo de pronto el mayoral–. Aquí ya no se aprovecha más que el pellejo, que es bueno.

Jeli se echó a temblar como una hoja cuando vio al mayoral ir a sacar la escopeta de las alforjas de la mula. Sintió como si le dispararan a él.

–Ahora, si quieres seguir mi consejo –le dijo el mayoral–, mejor es que no te presentes ante el amo, porque lo que te debe te lo pagaría con monedas amargas.

El mayoral se marchó con Alfio y los demás potros. El *Estrellado* se quedó solo en el barranco, esperando, con lo ojos espantados aún, a que fueran a despellejarlo.

Así son las cosas del mundo: mientras Jeli, con el zurrón a cuestas y bastón en ristre, buscaba un nuevo amo, la banda, con sus sombreros de pluma, tocaba en la plaza con alegría. A un lado, un enjambre de gorras blancas; al otro, los señores, pasándoselo en grande en el casino. Entre todo aquel gentío vestido de fiesta, Jeli distinguió al señor Cola, a quien conocía de Passanitello.

–El amo te lo encuentro yo, que sé que Isidoro Macca está buscando quien guarde sus cerdos… ¡Pero no digas nada de lo del *Estrellado*! Una desgracia la tiene cualquiera, pero es mejor no hablar del tema.

Fueron, pues, a buscar a su compadre Macca, que estaba en el baile, pero éste no tenía ya necesidad de nadie, por lo que Jeli se marchó cabizbajo.

Mara vivía en Sant'Antonio, donde las casas trepan por el monte, frente al valle de la Canziria, verde por las chumberas, con las ruedas de los molinos girando en el torrente; pero Jeli no tuvo valor de acercarse por allí, ahora que ni para guardar cerdos lo querían. Y, vagando por entre la gente, que lo

empujaba de un lado a otro sin preocuparse de él, le parecía estar más solo que junto a los potros en las landas de Passanitello. Sintió ganas de llorar.

Pero, precisamente, el señor Agrippino se lo encontró en la plaza y se lo llevó a su casa. Mara, vestida de gala, luciendo unos pendientes que le golpeaban las mejillas y llena de anillos, esperaba fuera a que anocheciese para ir a ver los fuegos.

–También tú has venido para la fiesta de San Juan? –dijo Mara.

Jeli no se atrevía a entrar porque estaba mal vestido, pero el señor Agrippino lo empujó diciéndole que no se veían por primera vez y que ya se sabía que había ido a la feria con los potros del amo. La señora Lia le sirvió un buen vaso de vino, y después se lo llevaron con ellos a ver los fuegos.

Al llegar a la plaza, Jeli se quedó boquiabierto: era un mar de fuego, como cuando se incendian los rastrojos. Eran muchos los cohetes que los devotos disparaban ante el santo.

–Ése es el hijo del señor Neri, el mayoral, y lleva gastadas más de diez liras en cohetes –decía la señora Lia señalando a un joven que daba vueltas por la plaza con dos cohetes en cada mano.

Algunas mujeres lo miraban con deseo y a su paso gritaban: «¡Viva San Juan!».

–Su padre es rico y posee más de veinte cabezas de ganado –añadió el señor Agrippino.

Mara sabía además que había llevado el estandarte grande en la procesión y que lo sostenía erguido como un huso, de lo fuerte y buen mozo que era.

El hijo del señor Neri parecía encender los cohetes para Mara. Y así debía de ser, ya que después de los fuegos los acompañó y los llevó al baile y al cosmorama, donde se veían el antiguo y el nuevo mundo, pagando él, claro está, incluso por Jeli, que había tenido que ir detrás de la comitiva, como perro

sin dueño, a ver bailar al hijo del señor Neri con la Mara, que daba vueltas y se acurrucaba como una paloma enamorada.

El hijo del señor Neri giraba feliz como uno de los potros de Jeli, y de tal manera que la señora Lia lloraba de la risa mientras el señor Agrippino asentía con la cabeza como diciendo que iba bien la cosa.

Cuando al rato se cansaron, caminaron por lo que allí llaman el Paseo. Mara iba del brazo del hijo del señor Neri y le hablaba al oído; los dos se reían todo el tiempo. Jeli estaba tan cansado que se quedó dormido sentado en una acera hasta que lo despertaron los primeros fuegos artificiales. Cuando escaparon cielo arriba los últimos, ya en haz, el hijo del señor Neri se giró hacia Mara, que estaba muy pálida, y la besó. Jeli no dijo nada: sólo pensaba en que aquella fiesta se le había convertido en desgracia, en que no sabía qué hacer ni adónde ir, en que no tenía ni pan ni techo, en que mejor sería tirarse por un barranco, como el *Estrellado*. Entretanto, la gente a su alrededor estaba alegre. Mara y sus amigas saltaban y cantaban por la callejuela pedregosa mientras regresaban a sus casas.

–¡Buenas noches! ¡Buenas noches! –se decían a medida que alguna llegaba a su casa.

Mara daba las buenas noches como si cantara, y el hijo del señor Neri parecía tan feliz como ensimismado a causa de su amor, disputando al señor Agrippino y a la señora Lia la tarea de abrir la puerta de su casa. Nadie se ocupaba de Jeli. Sólo el señor Agrippino se acordó de él y le preguntó:

–Y, ahora, ¿adónde vas a ir?

–No lo sé –dijo Jeli.

–Ven a buscarme mañana y te ayudaré a encontrar colocación. Pero esta noche vuelve a la plaza donde hemos estado oyendo a la banda…

Tendrás sitio en algún banco, que seguro que estás acostumbrado a dormir al sereno.

Sí que estaba acostumbrado. Lo que le daba pena era que Mara lo dejara a la puerta de aquella manera, como a un mendigo. Tanto es así que se lo dijo al día siguiente en cuanto la vio a solas en su casa.

–¡Mara, cómo te olvidas de los amigos!

–No, no me olvidé de ti, Jeli. ¡Pero estaba tan cansada después de los fuegos!

–¿Es que me quieres menos que al hijo del señor Neri? –le preguntó.

–¡Qué estás diciendo! –respondió bruscamente Mara–. ¡Mi madre está ahí fuera y lo oye todo!

El señor Agrippino le encontró trabajo como ovejero en la Salonia, donde era mayoral el señor Neri; pero, como Jeli tenía poca experiencia en aquel oficio, tuvo que conformarse con un salario escaso.

Ahora atendía a sus ovejas y aprendía cómo se hace el queso, el requesón y la cuajada. Y, en las charlas que celebraban cada noche en el corral los demás pastores y labriegos, mientras las mujeres pelaban las alubias para el potaje, si se hablaba del hijo del señor Neri, que se casaría muy pronto, aseguraban, con Mara la del señor Agrippino, Jeli no abría la boca. Una vez que alguien se burló de Jeli diciéndole que Mara ya no quería nada con él, después de haberle dicho a todo el mundo que serían marido y mujer, Jeli, que cuidaba de la olla en que hervía la leche, respondió, escurriendo el cuajo poco a poco:

–Es que Mara ha crecido y se ha puesto tan guapa que parece una señora.

Pero, como era paciente y trabajador, aprendió pronto su nuevo oficio y las ovejas no caían enfermas y el rebaño prosperó tanto que el señor Neri le pidió al patrón que aumentase el salario a Jeli, de tal manera que vino a ganar casi lo mismo que cuando guardaba caballos.

Todos decían que era un dinero bien gastado y bien ganado, pues Jeli no escatimaba esfuerzos por el bien de sus ovejas: cuando parían, él las llevaba a

pastar en las alforjas del burro y cargaba a cuestas con los corderos, que le balaban en la cara, con el hocico fuera del saco, lamiéndole las orejas.

En la famosa nevada de la noche de Santa Lucía cayeron cuatro palmos de nieve en lo que los lugareños llamaban el Lago Muerto, y habría sido la ruina del señor Neri, como fue la de tantos otros, de no haberse levantado Jeli tres o cuatro veces a espantar a las ovejas para que se sacudieran la nieve de encima y no se quedaran sepultadas, según contó luego el señor Agrippino, que dijo también que de aquella historia de la boda del hijo del señor Neri con su hija Mara nada era verdad, que Mara tenía otra cosa en el pensamiento.

–¡Si decían que se casaba para Navidad! –dijo Jeli.

–¡No es verdad nada de eso! ¡No se casaba nadie! ¡Todo eran chismes de gentes envidiosas que se meten en los negocios ajenos! –respondió el señor Agrippino.

Pero alguien que sabía la verdad, porque lo había oído en la plaza cuando iba al pueblo, contó la cosa tal y como era después de que se hubo marchado el señor Agrippino: ya no se casaban porque el hijo del señor Neri había sabido que Mara se entendía con don Alfonso, el señorito, que conocía a Mara desde pequeña, y el señor Neri había dicho que quería que su hijo fuera honrado, como su padre, y que no quería más cuernos en casa que los de sus bueyes.

En aquel momento, Jeli estaba presente, sentado en corro con los demás para almorzar mientras cortaba el pan en rebanadas. No dijo nada, pero perdió el apetito.

Según pastoreaba a sus ovejas, volvió a pensar en Mara cuando era niña y estaban juntos todo el día, e iban al valle del Jacitano y al cerro de la Cruz, y ella, con su respingona barbilla, lo miraba mientras él cogía los nidos de la copa de los árboles. Y pensaba también en don Alfonso, que iba a buscarle desde la finca vecina y se tumbaba junto a él, de bruces, en la hierba, para

hurgar con una pajita en los agujeros de los grillos. Recordaba todas estas cosas durante horas y horas, sentado en un ribazo, cogiéndose las rodillas con las manos; los altos nogales de Tebidi, los espesos matorrales de los valles, los verdes montes y los grises olivos, que se esfumaban en la niebla del valle; los techos rojos del caserío y el campanario, «que parecía el asa de un salero», entre los naranjos del jardín. Ante sus ojos se extendía el campo, pelado y desierto, manchado de hierba abrasada, humeante, silencioso en el horizonte lejano.

En primavera, apenas las vainas de las habas empezaron a doblar la cabeza, Mara fue a la Salonia con sus padres, el muchacho y un burro para recogerlas, y todos juntos durmieron en la hacienda los dos o tres días que duró la recolección. Así pues, Jeli veía a la muchacha de día y de noche, y muchas veces se sentaban juntos y hablaban un rato mientras el muchacho contaba las ovejas.

–Me parece estar en Tebidi –decía Mara–, como cuando éramos niños.

Jeli se acordaba también de todo, aunque nada decía, pues siempre había sido un muchacho de pocas palabras.

Acabada la recolección, la víspera de la marcha, Mara fue a despedirse de él, que estaba haciendo el requesón y recogía el suero con un cazo.

–Vengo a decirte adiós –le dijo ella–, porque mañana nos volvemos a Vizzini.

–¿Qué tal la cosecha de habas?

–Mala… La mala hierba se las ha comido todas este año.

–Eso es porque ha llovido poco –dijo Jeli–. Incluso nosotros hemos tenido que matar las corderas porque no tenían pasto… En toda la Salonia no han nacido tres dedos de hierba.

–Pero a ti eso poco ha de importarte, que sea el año bueno o malo tú tienes siempre tu salario.

–Sí, es verdad; pero me da lástima entregar los pobres animales al matarife.

–¿Te acuerdas de cuando viniste por la fiesta de San Juan, cuando te habías quedado sin amo?

–Sí que me acuerdo.

–Mi padre fue quien te colocó aquí, con el señor Neri.

–¿Y tú por qué no te has casado con el hijo del señor Neri?

–Porque no era la voluntad de Dios. Mi padre ha tenido mala suerte –continuó ella–. Desde que nos marchamos de Marineo todo nos ha salido mal. Las habas, la siembra, el trozo de viña que teníamos. Además, mi hermano se ha alistado como soldado y se nos ha muerto una mula que valía cuarenta onzas.

–Ya lo sé –contestó Jeli–, la mula baya.

–Ahora que lo hemos perdido todo, ¿quién quieres que se case conmigo?

Mara, con la barbilla hundida en el pecho y la mirada baja, desmenuzaba un vástago de endrino según hablaba, rozando sin darse cuenta con el codo a Jeli. Pero Jeli, con los ojos clavados en el suelo, callaba. Así que ella prosiguió:

–En Tebidi decían que tú y yo seríamos marido y mujer, ¿te acuerdas?

–Sí –dijo Jeli, y dejó el cazo–. Pero no soy más que un pobre pastor que no puede pretender a la hija de un propietario.

Mara guardó silencio un momento y dijo:

–Si tú me quieres, me caso contigo de buena gana.

–¿De veras?

–Sí, de veras.

–¿Y el señor Agrippino qué dirá?

–Mi padre dice que tú ya sabes tu oficio y que no eres de los que se gastan el salario, sino que de un cuarto haces dos, y que no comes para no consumir tu pan, de suerte que tú también llegarás a tener ovejas y te harás rico.

–Si es así –concluyó Jeli–, también yo me caso contigo de buena gana.

–Bueno… –le dijo Mara una vez que se hubo hecho la oscuridad y se fueron callando las ovejas poco a poco–, si quieres un beso, te lo doy, puesto que vamos a ser marido y mujer.

Jeli lo recibió muy a gusto y, no sabiendo qué decir, añadió:

–Yo siempre te he amado; hasta cuando quisiste dejarme por el hijo del señor Neri… –Pero no tuvo valor para decirle lo demás.

–¿Lo ves? ¡Estábamos destinados el uno para el otro! –concluyó Mara.

El señor Agrippino consintió, en efecto, y la señora Lia hizo a toda prisa un jubón y un par de calzones para el yerno. Mara estaba fresca como una rosa; con aquella mantilla blanca parecía el cordero pascual, y aquel collar de ámbar realzaba el blancor de su cuello. Así pues, Jeli, cuando iba a su lado por las calles, caminaba muy tieso, vestido de paño, y no se atrevía a sonarse con el pañuelo de seda rojo para no llamar la atención; pero los vecinos y cuantos sabían la historia de don Alfonso se reían en sus narices. Cuando Mara dio el sí quiero y el cura, bendiciéndolos, se la entregó por mujer, Jeli se la llevó a su casa y le pareció como si le hubieran dado todo el oro de la Virgen y todas las tierras que había visto con sus ojos.

–Ahora que somos marido y mujer –le dijo una vez llegados a la casa, sentado frente a ella–, ahora que somos marido y mujer, puedo decirte que no me parece verdad que me quieras… Cuando habrías podido tener a otros mejores que yo… tan guapa como eres…

El pobre no sabía decirle otra cosa y no cabía en el traje nuevo de tanta felicidad que sentía al tener a Mara en su casa, arreglándolo y retocándolo todo, en su papel de ama. No encontraba el momento de volverse a la Salonia.

Cuando llegó el lunes, y mientras cargaba con una lentitud nueva las alforjas sobre la albarda del burro, así como un tabardo y el paraguas de hule, le dijo:

–¡Deberías venirte a la Salonia tú también!

Pero ella, que lo miraba desde el umbral, se echó a reír y le respondió que ella no había nacido para pastora y que no tenía nada que hacer en la Salonia.

En efecto: Mara no había nacido para pastora, no estaba acostumbrada ni a la tramontana de enero, cuando las manos se hielan sobre el cayado y uno tiene la sensación de que se le fueran a caer la uñas; ni a los furiosos aguaceros que calan hasta los huesos; ni al sofocante polvo de los caminos, cuando las ovejas caminan bajo el sol ardiente; ni al suelo duro; ni al pan mohoso; ni a los largos días silenciosos y solitarios en los que nadie asoma por el campo abrasado, salvo, rara vez, algún que otro campesino en la carretera, blanca e interminable. Al menos, Jeli sabía que mientras él regresaba al campo Mara se quedaba entre las sábanas, hilando ante el fuego, de charla con las vecinas, tomando el sol en el arriate.

Mara iba todos los meses a cobrar el salario a casa del amo y no le faltaban ni huevos en el gallinero, ni aceite en la lámpara, ni vino en la botella. Jeli iba a verla dos veces al mes, y ella le esperaba en el balcón, huso en mano; luego, cuando él había dejado atado al burro en la cuadra, ya sin la albarda y con el pesebre lleno de cebada, y colocado la leña bajo el cobertizo del corral, Mara le ayudaba a colgar el tabardo de un clavo y a quitarse las perneras mojadas ante el hogar. Y le servía un vaso de vino mientras el potaje hervía alegremente; preparaba la mesa al mismo tiempo que le hablaba de esto y de aquello: de la gallina clueca, que había puesto a empollar; de la tela que tenía en el telar; del ternero que estaba criando sin olvidar ninguno de los quehaceres de la casa. Así las cosas, Jeli se sentía a cuerpo de rey.

Pero la noche de Santa Bárbara volvió a una hora desacostumbrada, cuando ya no había luces en la calleja y el reloj de la ciudad daba la media noche. Regresó de improviso porque la yegua del amo había enfermado y era necesario que la examinaran. Golpeó y sacudió la puerta de su casa, llamando a Mara a voces mientras le caía encima el agua del alero y le chorreaba por los

tobillos. Finalmente, Mara le abrió regañándolo como si hubiese sido ella la que hubiera pasado la noche bajo el agua. Fue tal la acritud que él le preguntó:

–¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

–¿Que qué tengo? ¡Que me has asustado! A estas horas… ¡Y mañana estaré enferma, ya verás!

–Ve a acostarte, que yo encenderé el fuego.

–No, es preciso que vaya por leña.

–Iré yo.

–¡Que no, te digo!

Cuando Mara regresó con la leña en los brazos, Jeli le dijo:

–¿Por qué has abierto la puerta del corral? ¿Es que no había leña en la cocina?

–No, por eso he ido al cobertizo.

Jeli besó entonces a Mara, que giró la cabeza hacia otro lado. «¡Su mujer lo deja en remojo a la puerta –decían los vecinos– cuando está en casa el tordo!»

Pero Jeli no sabía que era cornudo ni los demás se lo decían. En realidad, no le importaba y bien sabía que Mara se había casado con él porque el hijo del señor Neri la había plantado al saber la historia de don Alfonso. Jeli vivía feliz y contento, y engordaba como un cerdo. Pero, una vez, un muchacho que le ayudaba con el ganado se lo soltó a la cara, pues habían discutido por unos quesos mordidos.

Se acercaba la Pascua, y el mayoral enviaba a todos los hombres de la hacienda a confesarse con la esperanza de que, temerosos de Dios, ya no robaran más. Jeli también acudió y, al salir de la iglesia, buscó al muchacho con quien había tenido aquellas palabras y le echó los brazos al cuello diciéndole:

–El confesor me ha dicho que te perdone, pero yo no estoy enfadado contigo por esas habladurías y, si no vuelves a morder los quesos, a mí no me importará lo que dijiste.

Entonces comenzaron a llamarlo Cuernos de Oro y el mote se le quedó, y a todos los suyos, aun después de haberse lavado los cuernos con sangre.

Mara había ido a confesarse a su vez y, envuelta en su mantilla, regresaba de la iglesia, con los ojos bajos como María Magdalena recién perdonada.

Jeli la esperaba en el arriate. Mientras Mara, como siempre aunque sin levantar la vista, desdoblaba el mantel y ponía las escudillas con mimo sobre la mesa, Jeli le preguntó sin levantar la voz:

–¿Es verdad eso que dicen, que te entiendes con don Alfonso?

Mara fijó en él sus límpidos y hermosos ojos, y se hizo el signo de la cruz.

–¿Por qué quieres hacerme pecar en este día? –exclamó.

–¡No, no quiero creerlo todavía!… Porque don Alfonso y yo estábamos siempre juntos cuando éramos niños, y no pasaba un día sin que fuera a Tebidi… Como si fuéramos hermanos… Además, él es rico y, si quisiera una mujer, podría casarse con cualquiera…

Mara comenzó a regañarlo como si fuera ella la ofendida, pero luego, de repente, cambió de conversación y le preguntó a Jeli si había pensado en airear la tierra donde habían sembrado un poco de lino.

–Sí –respondió él–, la cavaré con la azada y se dará bien el lino.

–Si es así, este invierno te haré dos camisas nuevas para que no tengas frío –dijo Mara.

Jeli, en suma, no comprendía lo que quería decir la palabra *cornudo* ni qué eran los celos.

Todo lo que le resultaba nuevo le entraba con dificultad en la cabeza; además, le bastaba con tener ante sí a su Mara, tan bella, de piel tan blanca, tan hacendosa, la mujer a quien amaba desde niño y en quien había pensado durante tantos años. No podía creer aquello de don Alfonso, al que recordaba muy bien: sus ojos, francos, y su boca, risueña; los dulces y el pan blanco que le llevaba a Tebidi.

Pero un día se encontró con don Alfonso y comprendió que ya no era aquel niño que él recordaba. ¡Cómo había crecido! Era un hombre apuesto. Llevaba una cadena de oro sobre el chaleco y gastaba una barba bien recortada y brillante que también era de oro. Parecía, eso sí, ser el mismo de antaño: le dio a Jeli una palmada en el hombro y lo llamó por su nombre.

Era un día hermoso y cálido, los setos estaban en flor y verdeaban las largas hileras de las viñas.

Las ovejas saltaban y balaban contentas al sentirse despojadas de toda aquella lana, de aquel peso, y en la cocina las mujeres habían hecho una buena lumbre para cocer las muchas cosas que el amo había llevado para el almuerzo con sus invitados, entre los que se encontraba don Alfonso. Los señores, mientras tanto, esperaban a la sombra de los algarrobos y mandaban tocar a los tamborileros para bailar con las mujeres de la hacienda.

Mara llegó de improviso. Dijo en voz alta que estaba encinta y que tenía antojo de requesón fresco. Jeli, que estaba esquilando una oveja, sintió dentro de sí como el efecto de un veneno.

El amo había mandado que se sacrificaran dos cabritos, unos pollos y un pavo.

–¡No vayas! –le dijo a Mara cuando don Alfonso la llamó para que fuese a bailar con ellos–. ¡No vayas, Mara!

–¿Por qué?

–¡No quiero que vayas! ¡No vayas!

–¿No ves que están llamándome?

Jeli no dijo una palabra más. Mara se encogió de hombros y se fue a bailar. Tenía la tez sonrosada de alegría: se parecía a la Virgen.

Entonces Jeli se levantó, empuñó las largas tijeras de esquilar y caminó hacia don Alfonso, que había tomado a Mara por un brazo.

Mientras lo llevaban ante el juez murmuraba algo que nadie pudo oír. Y así comenzaron a fabular. Unos dijeron que pedía perdón a Dios por haber degollado a don Alfonso; otros, que justificaba su acción porque le había quitado a *su* Mara; alguno, que recordaba los nombres de los potros que había cuidado de niño: *Morenito*, *Estrellado*… No se ponían de acuerdo.

MALOSPELOS

A Malospelos lo llamaban así porque tenía el pelo rojo y se le ponía aún más rojo de la mala baba que tenía: todo apuntaba a que de mayor sería un verdadero villano. Así lo llamaban en la mina de arena roja donde trabajaba, y hasta su madre, de tanto oír aquel apodo, había olvidado casi su nombre de pila.

De todos modos, ella sólo lo veía el sábado por la noche, cuando regresaba a casa con la exigua paga de la semana, seguramente tan exigua, pensaba su familia, porque él ya había restado buena parte.

Por si acaso aquello era verdad, su hermana mayor le daba pescozones como para compensar la merma.

Sin embargo, el dueño de la mina confirmó un día que, en efecto, aquélla era la paga. Incluso llegó a decir que era demasiado alta para alguien a quien nadie quería tener a su lado, al que trataban como un perro, a puntapiés.

Sí que Malospelos era feo, malencarado, susceptible y salvaje. Peleón. Y huidizo. Mientras los demás mineros comían en corro su puchero y hacían bromas, él se alejaba con su pan moreno entre las piernas y lo roía como un animal hasta que el capataz lo mandaba de nuevo al trabajo dándole un puntapié.

Aquellos golpes no le hacían daño. Es más, crecía con ellos, se crecía en ellos. Se hacía más fuerte. Y nunca se quejaba.

Siempre iba harapiento y manchado de arena roja. Su hermana andaba demasiado ocupada en amores o en rezos como para lavarle las camisas o bañarlo.

Pero, a pesar de todo, de los golpes, de su abandono, algo en él lo hacía popular, tanto que por aquellos pagos al yacimiento lo llamaban Mina de Malospelos, algo que molestaba bastante al patrón, que lo había aceptado como obrero por caridad, pues su padre, Misciu, había muerto allí mismo hacía poco.

Había muerto por trabajar a destajo un sábado. Por dejarse embaucar por el amo, que le había dicho que sería cosa de una sola jornada, y así ajustaron la paga, cuando en realidad le llevó a Misciu tres. Por eso lo llamaban Misciu el Bestia, porque era el burro de carga de la mina, además de algo corto.

A Malospelos le decían:

–Seguro que tú no mueres en la cama, como tu padre.

Pero su padre no había muerto en la cama.

El tío Mommu había dicho que aquella pilastra de la mina no la quitaría él ni por veinte onzas, de lo peligrosa que era la tarea. Pero, como decía Misciu, todo es peligro en el yacimiento, y, si uno se pone a hacer caso de todas las tonterías que se dicen, mejor que se meta a abogado.

Así pues, el sábado por la noche Misciu picaba aún su pilastra. Sus compañeros, tras encender sus pipas, lo habían dejado solo entre bromas procaces, o diciéndole que siguiera así, picando la arena del patrón por darle gusto, o que tuviera cuidado y no muriera como un ratón. Pero, como estaba acostumbrado ya a aquellas burlas, siguió su letanía, cada golpe un deseo: «¡Éste para el pan! ¡Éste para el vino! ¡Éste para las sayas de Nunziata!». Y así hacía cuentas de cómo se gastaría su jornal.

Fuera de la mina, el cielo estaba cuajado de estrellas, pero allí dentro sólo había una luz, que humeaba junto a la gruesa pilastra, derribada a golpes de pico.

Malospelos ayudaba limpiando el suelo, abriendo el saco o pasándole a su padre la frasca de vino.

El padre, que lo quería mucho, decía «Apártate de ahí» o «Ten cuidado». Y también: «Vigila por si caen de arriba pedruscos o arena roja».

Aquello fue lo último que oyó. Se había echado a un lado, movido por las órdenes de su padre. Cuando se giró, tras aquel estruendo sordo, ya no había luz.

El ingeniero que dirigía los trabajos del yacimiento estaba en el teatro aquella noche. Dicen que no se inmutó o que disimuló. Le contaron eso, que el padre de Malospelos había muerto como un ratón. «La muerte del ratón», solían decir los mineros. Y así lo lloraron también las viejas de Monserrato, que gritaron y se golpearon el pecho a las puertas de la comadre Santa, la única de ellas que no dijo palabra.

El ingeniero acudió finalmente, tras acabar la función, con cuerdas y escalas, pero sólo, según dijo el tío Mommu, para descargar su conciencia, pues estaba seguro de que aquella montaña de escombros no la cargaban ni en una semana.

Nadie hacía caso al muchacho, que, arañándose la cara, chillaba como un animal.

–¡Pero si es Malospelos –dijo alguien al fin–. ¿De dónde habrá salido ahora?

Malospelos no decía nada, no lloraba siquiera; cavaba la arena con las uñas, como si quisiera llegar hasta su padre. Tenía la cara descompuesta, los ojos vidriosos; echaba espuma por la boca. Y ya no tenía uñas de tanto cavar con las manos.

No sabían cómo sacarlo de allí, pues, aunque ya no podía arañar, mordía. Tuvieron que arrastrarlo por los pelos.

Acompañado por los sollozos de su madre, regresó al cabo de unos días para ganarse el pan de la familia. De ahí en adelante ya no se alejó de aquella galería y sustituyó a su padre en el papel de bestia, como si con cada esportilla

de arena, que cavaba encarnizadamente, le devolviera un poco de aliento a Misciu.

En ocasiones se detenía unos segundos, con el pico en alto, como si le llegaran palabras a través de la montaña de arena. Las palabras del diablo.

Aquellos días estaba más triste que de costumbre y apenas comía. Incluso arrojaba al perro su pan, algo que allí era como maldecir a Dios, que es quien concede la gracia de comer. Por eso los perros amaban a Malospelos. Y por eso mismo los burros lo odiaban, porque Malospelos desahogaba su furia con el que había en la mina, al que golpeaba con el mango del pico. Los mineros decían que tenía mala baba, y en eso se empeñaba: en ser lo peor posible.

Si se producía una desgracia, si un obrero perdía sus herramientas, si un burro se rompía una pata o si se hundía un túnel del yacimiento, todos sabían que había sido él. Y, en efecto, él soportaba los golpes sin protestar, igual que hacen los burros, que encogen el lomo y siguen tirando.

Con los demás muchachos era cruel, como si, desquitándose con los débiles, quisiera vengar el mal que le habían hecho a su padre y le hacían ahora a él.

Y, cuando estaba a solas, decía para sí: «¡También conmigo hacen lo mismo! ¡A mi padre lo llamaban Bestia porque no hacía lo que hago yo ahora!».

Quizá por maldad tomó bajo su protección a otro muchacho, aún más pobre que él y tullido.

Éste llevaba poco tiempo trabajando en la mina y se había dislocado un fémur; ya no podía ejercer como peón de puentes, pues renqueaba. Le pusieron de mote el Rana. Pese a todo, se ganaba el pan, al que sumaba el que le *regalaba* Malospelos a cambio de tormentos y golpes.

–¡Eres peor que una bestia! ¡Si no tienes valor para defenderte de mí, que no te quiero mal, te dejarás pisotear por todo el mundo!

Y, mientras oía esto, el Rana se limpiaba la sangre que echaba por la boca y la nariz. Malospelos solía decirle:

–Al burro se le pega porque él no puede devolver los golpes; porque, si pudiera, nos patearía y nos arrancaría la cara a mordiscos.

O también:

–Si tienes que dar puñetazos, da todo lo fuerte que puedas, que así los demás te tendrán miedo.

Con el pico y el azadón, Malospelos trabajaba con tal violencia que parecía que la arena fuera su mayor enemigo.

–La arena es traidora –le decía al Rana en voz baja–. Se parece a todos esos que, si te creen más débil que ellos, te pisotean la cabeza. Mi padre no golpeaba a nadie más que a la arena; por eso lo llamaron Bestia y por eso la arena se lo tragó, porque sabía que él era débil.

Siempre que al Rana le tocaba un trabajo pesado y lloriqueaba, Malospelos lo empujaba y le soltaba: «¡Calla, mujerzuela!». Pero, si el Rana no cejaba, Malospelos lo apartaba de un empujón y le decía orgulloso: «¡Déjame a mí, que soy más fuerte que tú!». O le daba su media cebolla y él se conformaba con un trozo de pan seco, encogiéndose de hombros: «Yo estoy acostumbrado».

Malospelos estaba habituado a todo: a golpes y puntapiés, al mango de la azada y a la cincha de la albarda, a la injuria y al escarnio, a dormir sobre piedras y a deslomarse trabajando catorce horas seguidas, incluso a ayunar cuando el patrón lo castigaba quitándole el pan y el potaje caliente. Malospelos decía entonces que la ración de golpes nunca se la había quitado el patrón, porque los golpes no cuestan nada. No se quejaba, pero se vengaba a hurtadillas, aunque luego averiguaban quién había sido y el castigo era aún peor.

De hecho, hasta el Rana le suplicaba, entre sollozos, que confesara la verdad y se disculpara.

–¿Y para qué? ¡Yo soy Malpelo y tengo mala baba!

Y nadie pudo nunca decir si aquella actitud era fruto de su orgullo o de su resignación, ni siquiera su propia madre, que nunca había recibido una caricia suya. Y, como ella no las recibía, tampoco se las hacía a él.

Los sábados por la noche, su hermana lo esperaba con una escoba a la puerta de casa. Su madre siempre andaba en casa de alguna vecina, y era su hermana la que ponía orden: no quería que su galán fuera a encontrarse con aquellos harapos y aquella cara llena de pecas y arena roja.

Malospelos se acurrucaba en su jergón como un perro enfermo. Por eso, los domingos, cuando todos los demás muchachos del pueblo se ponían sus camisas limpias para ir a misa o tontear con las muchachas, él se lanzaba a los caminos de los huertos a cortarle el rabo a las lagartijas o a destrozar las chumberas. Además, las burlas y las pedradas de los otros chicos no le gustaban.

La viuda de Misciu se desesperaba con aquel hijo, aunque al menos parecía hecho para el oficio de minero. Dónde iba a ir si no, feo, andrajoso y sucio como era. Con aquel color de pelo y aquellos ojos de gato.

En realidad, si Malospelos salía de la mina era porque tenía que llevar a casa el jornal de la semana. Cierto es que habría preferido ser peón de puentes, como el Rana, y trabajar cantando en las alturas, bajo el azul del cielo y con el sol en la espalda; o peón caminero, como Gaspare, que iba a recoger la arena del yacimiento tambaleándose, somnoliento, sobre las varas del carro, con su pipa en la boca; pero más aún habría preferido ser labrador, para poder pasarse la vida en los verdes campos, bajo los espesos algarrobos, con el mar azul allá a lo lejos y el canto de los pájaros surcando el firmamento. Pero el de minero era el oficio de su padre, y en este oficio había nacido él.

Y, pensando en todas estas cosas, le contaba al Rana lo de la pilastra que había matado a su padre, el accidente, y luego le cargaba arena fina y quemada a Gaspare, y le decía a éste que algún día, cuando acabasen de cavar,

encontrarían el cadáver de su padre, que debía de tener unos calzones de fustán casi nuevos.

El Rana tenía miedo de encontrar el cuerpo, pero él no.

El Rana tenía miedo de la mina, pero él no.

Malospelos pensaba en parte que el yacimiento era suyo, que aquel agujero negro, adonde su padre solía llevarlo de la mano, de muy niño, era suyo. Entonces tendía los brazos a derecha e izquierda y describía cómo se extendía bajo sus pies, hasta el infinito, el intrincado laberinto de galerías. Y describía también las jaras negras y desoladas, las retamas carbonizadas, los cadáveres de hombres aplastados o calcinados, los gritos desesperados de sus hijos… Pero, cuando encontraron una bota de Misciu, a Malospelos le entró tal temblor que tuvieron que llevárselo.

Sin embargo, no había rastro ni de los calzones ni del cuerpo de Misciu.

Después del hallazgo de la bota, Malospelos sentía pavor cada vez que creía vislumbrar el pie desnudo de su padre entre la arena roja, así que no quiso volver a cavar allí y pidió el traslado a otra parte de la mina.

Al cabo de dos o tres días, descubrieron, en efecto, el cadáver, con los calzones puestos y tumbado boca abajo. Parecía embalsamado. Mommu dijo que debía de haber padecido mucho, pues el Bestia tenía las manos llena de cortes y las uñas rotas: la pilastra lo había enterrado vivo.

Gaspare, el carretero, se llevó el cadáver de Misciu del mismo modo en que cargaba la arena sobrante y los huesos muertos, aunque esta vez se trataba de un compañero, de, como solían decir los mineros, «carne bautizada».

La viuda achicó los pantalones y la camisa para Malospelos, que se vio vestido casi de nuevo por primera vez. Sólo guardaron las botas. Para cuando creciera, porque no se podían achicar y porque el novio de su hermana no quería las botas de un muerto.

Malospelos alisaba sobre sus piernas aquellos calzones de fustán casi nuevos y le parecían suaves y dulces como las manos de su padre, que, aunque rudas y callosas, solían acariciarle el pelo.

Tenía colgadas las botas de un clavo, sobre el jergón, como si fueran las pantuflas del Papa, y los domingos las descolgaba, las lustraba y se las probaba; luego las dejaba en el suelo, una al lado de la otra, y se quedaba horas mirándolas.

Como había heredado también el pico y la pala, los usaba en la mina aunque pesaban mucho para su edad y, cuando le preguntaban si quería venderlos a buen precio, contestaba que no. Su padre les había dejado el mango tan liso y reluciente con sus propias manos que ni aun trabajando doscientos años podría conseguir él otros mangos así.

Por aquel entonces murió, a causa de la edad y de tanto cargar, el burro de Gaspare, *Gris*, y el carretero lo arrojó a los jarales.

–Así se hace –dijo Malospelos–. Lo que no sirve se tira.

Llevó al Rana a ver la carroña de *Gris*, que se disputaban los perros de los alrededores, a los que el Rana trataba de ahuyentar a pedradas.

–¿Ves aquella perra negra que no tiene miedo de tus pedradas? –le decía Malospelos al Rana–. No tiene miedo porque tiene más hambre que los demás perros. ¡Mira las costillas del *Gris*! Ahora ya no sufre.

El burro tenía las cuatro patas estiradas y dejaba que los perros se divirtieran vaciándole las cuencas de los ojos y descarnándole los blancos huesos; los dientes que le desgarraban las entrañas no le hacían estremecerse como cuando le acariciaban las ancas a estacazos para que ascendiera más deprisa hacia la mina.

Un mar de lava endurecida se extendía por los picos y los barrancos hasta donde alcanzaba la vista, un mar de lava negro y rugoso, sin grillos ni pájaros

que cantasen en ella. No se oía nada, ni los golpes de pico de quienes trabajaban bajo la tierra.

Malospelos le dijo al Rana una vez más que bajo aquella tierra de color negro se extendía por doquier, tanto hacia el monte como hacia el valle, la mina, y que ésta era tan extensa que una vez, en el pasado, un joven minero se perdió en sus galerías y salió años después, ya con el pelo blanco.

Malospelos amaba aquel lugar, aquella negrura, y en las hermosas noches de verano, cuando relucían las estrellas sobre aquella tierra volcánica, se tumbaba en un saco mirando al cielo. Odiaba las noches de luna. «Para nosotros, que estamos hechos a vivir bajo tierra, debería estar oscuro siempre», pensaba Malospelos.

La lechuza ululaba sobre la lava y él se decía: «También la lechuza siente a los muertos que están bajo tierra y se desespera porque no los encuentra».

El Rana les tenía pavor a las lechuzas y a los murciélagos, motivo por el que Malospelos lo reñía, pues, según decía, el que está obligado a vivir solo no debe amilanarse ante nada, y ni siquiera el burro *Gris* tenía miedo ya de los perros que ahora le despellejaban los huesos.

–Tú estabas acostumbrado a trabajar en los tejados, como los gatos –le dijo Malospelos al Rana–, y eso era otra cosa. Pero ahora que te toca vivir bajo tierra como los ratones, no debes temer ni a los topos ni a los murciélagos, que son ratones viejos con alas y están muy a gusto en compañía de los muertos.

El Rana, por el contrario, experimentaba un gran placer en explicarle lo que hacían las estrellas allá arriba y le contaba que juntas formaban el paraíso al que iban los muertos que habían sido buenos en vida y no habían dado disgustos a sus padres.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó Malospelos.

Y el Rana respondió que se lo había dicho su madre.

Entonces Malospelos se rascó la cabeza y, sonriendo, le guiñó un ojo.

–Tu madre te dice eso porque en vez de pantalones deberías llevar sayas. –Y añadió–: Mi padre era bueno y no le hizo daño a nadie; aun así, lo llamaban Bestia. Por eso está enterrado y han encontrado las herramientas, las botas y estos calzones que llevo puestos.

Fue poco después cuando enfermó el Rana, que había comenzado a adelgazar hacía algún tiempo. Lo sacaron de la mina en un burro, tumbado entre las aguaderas, temblando a causa de la fiebre.

Tiempo atrás un minero había vaticinado que a aquel muchacho no llegaría a viejo en aquel oficio, y otro añadió que para trabajar en una mina sin perder la vida era preciso haber nacido en ella.

Malospelos, entonces, se sintió orgulloso de haber nacido allí y de seguir tan fuerte y sano, y a su manera animaba al Rana, regañándole y pegándole, a secundarlo. Pero una vez, al golpearle en la espalda, el Rana vomitó sangre; entonces, Malospelos, asustado, le miró dentro de la nariz y de la boca, por ver si le había hecho alguna herida, pero, al no encontrar ninguna, dijo que, tal como le había pegado, no podía haberle hecho tanto daño y para demostrárselo se golpeó a sí mismo en el pecho y en los riñones con una piedra.

Es más: un obrero allí presente le asestó un puntapié que resonó como en un tambor, y Malospelos ni se inmutó.

–¿Lo ves? ¡No me ha hecho nada! ¡Y te juro que me ha pegado más fuerte que yo a ti!

Pero el Rana no se curaba y seguía escupiendo sangre. Tenía fiebre todos los días. Entonces Malospelos cogió unos cuartos de su propio jornal para comprarle vino y potaje caliente, y le regaló sus calzones casi nuevos, que abrigaban más.

Pero el Rana tosía continuamente y algunas veces parecía ahogarse. Por la noche, aumentaba la fiebre, y los temblores no desaparecían ni cubriéndolo

con sacos y paja, ni tampoco poniéndolo junto al fuego.

Malospelos se quedaba a su lado, en silencio, inmóvil, inclinado todo el tiempo sobre él, con los ojos muy abiertos, sujetándose las rodillas con las manos. Y, cuando el Rana se quejaba en voz baja y suspiraba, le decía:

–¡Mejor es que te mueras ya! ¡Antes que sufrir así, es mejor que te mueras ya!

El patrón decía que Malospelos era capaz de aplastarle la cabeza al muchacho y que había que vigilarlo.

Un lunes el Rana ya no fue a la mina, y aquel mismo patrón se frotó las manos, pues, en el estado en que se encontraba el Rana, era más un estorbo que otra cosa. Malospelos se enteró de dónde vivía y el sábado siguiente fue a verlo. El pobre Rana estaba más con un pie en el otro mundo que en éste; su madre lloraba y se desesperaba, como si su hijo fuera de esos que ganan diez liras a la semana.

Malospelos no comprendía aquello y le preguntó al Rana por qué gritaba así su madre, ya que él hacía dos meses que no llevaba jornal alguno a casa y no se ganaba lo que comía. Pero el Rana no le hizo ni caso: parecía contar las vigas del techo. Entonces Malospelos pensó que tal vez la madre del Rana gritara porque su hijo había sido siempre débil y enfermizo. Él, por el contrario, estaba fuerte y sano, tenía mala baba, y su madre nunca había llorado por él porque no había temido perderlo.

Poco después contaron en la mina que el Rana había muerto, y Malospelos pensó que las cornejas graznaban por él por las noches, y volvió a ver la osamenta descarnada del *Gris* en el barranco al que solía ir con el Rana.

Ahora ya no quedaban sino los huesos desparramados, y lo mismo sucedería con el Rana, cuya madre se secaría las lágrimas, se dijo Malospelos, pues también su propia madre se las había secado tras la muerte de su padre,

incluso había contraído segundas nupcias y se iba a vivir a Cifali con su hermana, casada ya. Habían cerrado la casa.

Por entonces fue a trabajar al yacimiento un tipo a quien nunca se había visto por allí y que siempre andaba como a escondidas. Los demás mineros decían que se había escapado de la cárcel. Por lo que pudo oír, Malospelos comprendió que la cárcel era el lugar en el que acababan las gentes como él y desde aquel momento experimentó una malsana curiosidad: quiso conocer al hombre que, tras haber probado la cárcel, había logrado huir. Pasadas unas cuantas semanas, el fugitivo dijo que estaba cansado de aquella vida de topo y que prefería volver al presidio, pues en comparación con la mina era un paraíso, y que lo haría por su propio pie.

A pesar de lo que le habían pronosticado, en vez de en la cárcel Malospelos dejó sus huesos en la mina.

Había que abrir un nuevo pozo de comunicación para economizar tiempo y trabajo en la excavación de arena. Y nadie se mostraba dispuesto a aventurarse: corría el peligro de perderse y no regresar nunca más. Ningún padre de familia se atrevía. Ni por todo el oro del mundo. Malospelos ni siquiera tenía a alguien que pudiera cobrar todo el oro del mundo por su pellejo, aunque su pellejo hubiese valido tanto, así que lo eligieron a él para la tarea. Al echar a andar, se acordó del minero que se pasó años perdido en las galerías, pero no dijo nada. ¿De qué le habría servido? Cogió las herramientas de su padre, el pico y la azada, además de la linterna, la bolsa de tela y la frasca de vino, y se marchó.

Nunca más se volvió a saber de él.

Así se perdieron incluso los huesos de Malospelos… Y ahora los jóvenes mineros bajan la voz cuando hablan de él allá abajo. Tienen miedo de verlo aparecer ante ellos con su pelo rojo y sus pequeños ojos grises.

NOBLEZA RÚSTICA

Tras regresar del servicio militar, Turiddu Macca, el hijo de Nunzia, se pavoneaba todos los domingos en la plaza ataviado con su uniforme de infantería y su fez rojo: parecía el adivino que, con su jaula de canarios, se instala para leer la buenaventura. Las muchachas lo miraban con coquetería mientras entraban en misa cubiertas con la mantilla, y los chiquillos revoloteaban a su alrededor como moscas. Incluso había traído una pipa tallada con una fiel efigie del rey a caballo y encendía las cerillas con la parte trasera de los pantalones levantando la pierna, como dando una patada.

Aun así, Lola, la hija de Angelo, no se dejaba ver ni en misa ni en el balcón porque se había comprometido con uno de Licodia que era carretero y tenía en la cuadra cuatro mulos de Sortino. Cuando Turiddu se enteró, pensó en sacarle las tripas al de Licodia, pero no hizo nada y se desahogó yendo a cantar canciones de desamor bajo la ventana de aquella beldad.

–¿No tendrá otra cosa que hacer Turiddu, el hijo de la Nunzia –decían los vecinos–, que pasarse las noches cantando como un pájaro solitario?

Finalmente, se encontró con Lola, que volvía de su peregrinación a la Virgen de los Peligros. Al verlo, ni se inmutó, como si nada hubiera pasado.

–¡Benditos los ojos! –dijo él.

–Hola, Turiddu, me habían dicho que regresaste a primeros de mes.

–¡A mí me han dicho otras cosas! –respondió él, y enseguida preguntó–: ¿Es verdad que te casas con Alfio, el carretero?

–¡Si es ésa la voluntad de Dios…! –dijo ella atándose bajo la barbilla las dos puntas del pañuelo.

–¡La voluntad de Dios la hace cada cual como le convenga! ¡Y la voluntad de Dios ha sido que yo viniera de tan lejos para encontrarme con estas buenas noticias!

El pobre intentaba dárselas todavía de valiente, pero la voz le traicionaba, e iba balanceándose detrás de la muchacha, con la borla del fez de un hombro a otro. En realidad, a ella le dolía verlo con la cara tan larga, pero no tenía fuerzas para animarlo con buenas palabras.

–Oye, Turiddu –le dijo al fin–, déjame alcanzar a mis amigas. ¿Qué dirían en el pueblo si me vieran contigo?

–Es verdad –respondió Turiddu–. Ahora que te casas con el compadre Alfio, que tiene cuatro mulos en la cuadra, no hay que dar que hablar a la gente. Mientras yo hacía el servicio militar, mi madre tuvo que vender, la pobre, nuestra mula baya y el trozo de viña de la carretera. Pasaron los buenos tiempos, y tú ya no te acuerdas de cuando hablábamos por la ventana del corral ni de cuando me regalaste aquel pañuelo antes de marcharme. Sólo Dios sabe cuántas lágrimas he vertido en él al irme tan lejos que hasta se me olvidaba el nombre de nuestro pueblo. Así pues, adiós. Lo nuestro se acabó.

Lola se casó con el carretero. Los domingos se ponía en el atrio de la iglesia con los brazos en jarras para enseñar todos los anillos de oro que le había regalado su marido. Turiddu seguía paseando por la calleja una y otra vez, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con aire indiferente y guiñándole el ojo a las muchachas.

Pero le corroía el alma que el marido de Lola tuviera todo aquel oro y que, al pasar, ella fingiera no acordarse de él.

–A esa perra le voy a pagar con la misma moneda –murmuraba.

Frente a la casa de Alfio vivía el señor Cola, el de las viñas, rico a más no poder, según decían, que tenía una hija. Turiddu, arreglándoselas para intimar

con el señor Cola, comenzó a frecuentar la casa y a decirle palabras bonitas a la muchacha.

–¿Por qué no vas a decirle todas esas lindezas a la Lola? –decía Santa.

–¡La Lola es una señorona! ¡La Lola ya está casada con un rey!

–¿Y yo no merezco reyes?

–Tú vales por cien *lolas*. Y yo sé de uno que no miraría a la Lola ni siquiera un momento cuando estás tú delante, porque la Lola no te llega ni a la suela de los zapatos.

–La zorra que no podía alcanzar las uvas…

–Dijo: ¡Qué guapa estás, uvita mía!

–¡Quita las manos, Turiddu!

–¿Tienes miedo de que te coma?

–Ni de ti, ni de Dios.

–Ya sabemos que tu madre era de Licodia… ¡Tienes la sangre caliente! Te comería con los ojos.

–Pues cómeme con los ojos, si quieres, que así al menos seguiré enterita, pero, mientras, ata ese haz.

–¡Por ti ataba yo la casa entera!

Ella, para ocultar su sonrojo, le tiró un leño que tenía a mano y no le dio de milagro.

–Anda, date prisa, que con la lengua no se trabaja.

–Si yo fuera rico, buscaría una mujer como tú, Santa.

–Yo no me casaré con un rey como la Lola, pero tengo mi dote para cuando el Señor me mande a alguno.

–¡Ya sabemos que eres rica!

–Pues si lo sabes, lárgate, que mi padre está a punto de llegar y no quiero que me encuentre en el corral.

Al padre no le hacía gracia aquello, pero la muchacha fingía no darse cuenta, porque la borla del gorro del soldado le había hecho cosquillas en el corazón y le bailaba ante los ojos a todas horas. Como el padre echó a Turiddu por la puerta, la hija le abrió la ventana y se pasaba las noches charlando con él. No se hablaba de otra cosa en la vecindad.

–Estoy loco por ti y he perdido el sueño y el hambre.

–Palabrería.

–¡Quisiera ser el hijo de Vittorio Emanuele para casarme contigo!

–Palabrería.

–¡Por la Virgen que te comía como si fueras pan!

–Palabrería.

–¡Te lo juro por mi honor!

Lola, cuyo semblante se demudaba cada noche al escuchar, escondida tras un tiesto de albahaca, tales palabras, llamó un día a Turiddu.

–¿Así que ya no se saluda a los amigos?

–¡Ay! –suspiró el joven–. ¡Dichoso el que pueda saludarte!

–¡Pues si eso es lo que quieres, ya sabes dónde vivo! –respondió Lola.

Turiddu volvió a saludarla tanto que Santa se enteró y le dio con la ventana en las narices. Al pasar, los vecinos lo señalaban sonriendo o moviendo la cabeza. El marido de Lola andaba de feria en feria con sus mulos.

–El domingo quiero ir a confesarme, que esta noche he soñado con uvas negras –dijo Lola.

–¡Déjalo, déjalo! –suplicaba Turiddu.

–No, ahora que se acerca la Pascua, mi marido querrá saber por qué no me confieso.

–¡Ay! –murmuraba Santa esperando de rodillas su turno ante el confesionario, donde Lola estaba haciendo la colada de sus pecados–. ¡Por mi alma que no quiero mandarte a Roma como penitencia!

Alfio regresó con sus mulos cargado de cuartos y le regaló a su mujer un hermoso vestido nuevo para las fiestas.

–Haces bien en traerle regalos –le dijo su vecina Santa–, porque, mientras estás fuera, ¡tu mujer te adorna la frente!

Alfio era uno de esos carreteros que se calan la boina hasta las orejas y, al oír hablar de su mujer de aquel modo, palideció como si le hubiesen dado una puñalada. Trató de dominarse, pero no pudo.

–¡Maldita sea! –exclamó–. Eso sí, como te hayas equivocado, no os dejo ojos para llorar ni a ti ni a tu familia.

–Yo no suelo llorar –replicó Santa–. Ni siquiera he llorado al ver a Turiddu, el hijo de Nunzia, entrar de noche en casa de tu mujer…

–Está bien –respondió Alfio–, muchas gracias.

Como el gato había regresado, el ratón Turiddu ya no rondaba por la callejuela y mataba el aburrimiento con los amigos en la taberna. En la víspera de Pascua tenían un plato de salchichas sobre la mesa. En cuanto entró Alfio, Turiddu supo, por cómo lo miró, qué quería y dejó el tenedor en el plato.

–¿Mandas algo, compadre Alfio? –le dijo.

–Nada, compadre Turiddu, hace mucho que no te veo y quería hablarte de lo que tú ya sabes.

Turiddu le ofreció un vaso, pero Alfio lo apartó con la mano. Entonces Turiddu se levantó y le dijo:

–Pues aquí me tienes.

El carretero le pasó un brazo por los hombros.

–Si vienes mañana a las chumberas de la Canziria, podremos hablar de nuestro asunto.

–Espérame en la carretera, al despuntar el alba, e iremos juntos.

Después de estas palabras se dieron el beso de los desafíos. Y Turiddu le mordió una oreja al carretero, lo que allí significa también que no faltaría.

En silencio, los amigos abandonaron las salchichas y acompañaron a Turiddu hasta su casa.

La señora Nunzia, pobrecilla, lo esperaba hasta tarde todas las noches.

–Madre –le dijo Turiddu–, ¿se acuerda de cuando me fui al ejército y creyó usted que no regresaría jamás? Deme un buen beso como entonces, porque mañana temprano me iré muy lejos.

Antes de que amaneciera cogió su navaja con muelle, que había escondido en el heno al alistarse, y se puso en camino hacia las chumberas de la Canziria.

–¡Oh, Jesús y María! ¿Adónde vas tan furioso? –sollozaba, aturdida, Lola mientras su marido se preparaba para salir.

–Voy aquí cerca –respondió Alfio–, pero mejor sería para ti que no volviese nunca.

Lola, a los pies de la cama, y en camisón, se llevaba a los labios el rosario que le había traído fray Bernardino de los Santos Lugares y rezaba todos los avemarías que podía.

–Compadre Alfio… –comenzó Turiddu después de que hubiera andado un buen trecho del camino junto a su acompañante, que iba callado y con la boina calada hasta los ojos–. Como hay Dios que sé que me he equivocado y que debería dejarme matar. Pero antes de salir he visto a mi vieja, que se ha levantado para verme partir con la excusa de arreglar el gallinero, como si se lo hubiera dicho el corazón, y como hay Dios que te mataré igual que a un perro para no hacer llorar a mi madre.

–Muy bien –respondió Alfio quitándose el jubón–. Así pelearemos los dos con todas nuestras fuerzas.

Ambos eran buenos luchadores. Turiddu tiró el primer golpe y alcanzó al otro en un brazo; después, como si fuera un toro bravo, tiró a la ingle.

–Vaya, compadre Turiddu, ¿conque quieres matarme de verdad?

–Ya te lo he dicho: acabo de ver a mi madre en el gallinero y me parece tenerla aquí delante.

–Pues abre bien los ojos –le gritó Alfio–, porque te voy a dar lo tuyo.

Tal y como estaba, en guardia y agachado para taparse la herida, que le dolía, arrastrando casi el codo por el suelo, cogió un puñado de tierra y se lo echó a su adversario en los ojos.

Turiddu, cegado, intentó salvarse saltando desesperadamente hacia atrás, pero Alfio lo alcanzó con otra puñalada en el estómago y una tercera en el cuello.

–¡Y tres! ¡Ésta por haberme adornado la frente!

Ahora tu madre ya no tendrá que arreglar el gallinero.

Turiddu se tambaleó entre las chumberas y cayó como un saco. La sangre le brotaba espumosa de la garganta y no pudo soltar ni un «¡Madre mía!».

LA LOBA

Era alta, delgada; tenía, sin embargo, el pecho firme y vigoroso de las morenas a pesar de que ya no era muy joven; era pálida, como si tuviera siempre la malaria, y en medio de aquella palidez unos ojos enormes y unos labios frescos y rojos que te comían.

En el pueblo la llamaban la Loba, porque jamás, ni con nada, se saciaba. Las mujeres se santiguaban cuando la veían pasar, sola como un perro, con aquellos andares errantes y desconfiados de loba hambrienta; desplumaba a hijos y maridos en un abrir y cerrar de ojos, con sus labios, rojos, y se los llevaba tras sus faldas con aquella mirada endemoniada, aunque estuvieran ante el altar de Santa Agripina. Por fortuna, la Loba no iba nunca a la iglesia, ni en Pascua ni en Navidad; ni tampoco a oír misa ni a confesarse. (El padre Angiolino de Santa María de Jesús, un verdadero siervo de Dios, había perdido su alma por ella.) Maricchia, una muchacha pobre y buena, lloraba a escondidas porque era hija de la Loba y nadie la quería por mujer, a pesar de que tenía un bonito ajuar en la cómoda y una buena tierra bajo el sol, como cualquier otra muchacha del pueblo.

En una ocasión, la Loba se enamoró de un muchacho muy guapo que había regresado de hacer el servicio militar y que segaba con ella en el cercado del notario; fue realmente eso que llaman *enamorarse*: sentía que le ardía la carne bajo el fustán del corpiño y, al mirarle a los ojos, tenía la misma sed que producen las calurosas tardes de junio en medio de la llanura. Pero él continuaba segando tranquilamente, pendiente de los haces de espigas, y le decía:

–¿Qué tiene, señora Pina?

En aquellos extensos campos, donde sólo se oía el canto de los grillos, cuando caía el sol a plomo, la Loba agavillaba manojo tras manojo y haz tras haz sin cansarse jamás, sin erguir un momento el cuerpo, sin acercar los labios a la botella, con tal de estar siempre cerca de Nanni, que segaba y segaba, y le preguntaba de vez en cuando:

–¿Qué quiere, señora Pina?

Un día, al caer la noche, ella se lo dijo mientras los hombres dormitaban en la era, cansados de la larga jornada, y los perros vagaban por el vasto campo negro.

–¡Te quiero a ti!

–Y yo quiero a tu hija, que es virgen –respondió Nanni riendo.

La Loba se llevó las manos a la cabeza, se rascó las sienes sin decir palabra y ya no apareció más por la era. Pero, en octubre, en la época en que hacían el aceite, se encontró de nuevo con Nanni, pues éste trabajaba cerca de su casa y el chirrido de la prensa no la dejaba dormir en toda la noche.

–Coge ese saco de aceitunas y vente conmigo –le dijo a su hija.

Nanni empujaba con la pala las aceitunas bajo la piedra y le gritaba «¡arre!» a la mula para que no se detuviera.

–¿Quieres a mi hija Maricchia? –le preguntó la señora Pina.

–¿Qué dote le da usted a su hija? –respondió Nanni.

–Ésta tiene el ajuar de su padre y, además, le doy mi casa; a mí me basta con que me dejéis un rincón en la cocina para poner un jergón.

–Si es así, en Navidad hablaremos –dijo él.

Nanni estaba todo grasiento y sucio a causa del aceite y de las aceitunas puestas a fermentar, y Maricchia no lo quería ni ver, pero su madre la agarró por los pelos, delante de la lumbre, y le dijo apretando los dientes:

–¡Si no te casas con él, te mato!

La Loba parecía enferma, y la gente iba diciendo que el diablo cuando se hace viejo se mete a fraile. Ya no andaba de acá para allá; ya no se colocaba en el umbral con sus ojos de bruja. Su yerno, cuando ella se le plantaba delante con aquellos ojos, se echaba a reír y sacaba el escapulario de la Virgen para persignarse. Maricchia se quedaba en casa amamantando a sus hijos mientras su madre andaba por los campos trabajando con los hombres como si fuera uno más, escardando y cavando, conduciendo el ganado y podando las vides, aunque soplaran el gregal y el levante en enero o el siroco en agosto, cuando agachan los mulos la cabeza para protegerse y los hombres duermen boca abajo junto a una pared. En aquellas horas, entre el crepúsculo y la noche cerrada, la señora Pina era la única alma a quien se veía errar por el campo, sobre las ardientes piedrecillas de los senderos, entre los secos rastrojos de los vastos campos que se perdían en el bochorno, lejos, muy lejos, hacia el nebuloso Etna, donde el cielo oprimía el horizonte.

–Despierta –le dijo la Loba a Nanni, que dormía, con la cabeza entre los brazos, en la cuneta junto a un seto polvoriento–. Despierta, que te he traído vino para que refresques el gaznate.

Nanni abrió los ojos, legañosos, entre la vigilia y el sueño, y la vio tiesa, pálida, el pecho erguido y los ojos negros como el carbón. Extendió las manos a tientas.

–¡No! Ninguna mujer buena anda a estas horas por ahí! –sollozó Nanni escondiendo la cara en la hierba seca de la cuneta y mesándose el cabello–. ¡Vete, vete, y no vuelvas más a la era!

La Loba se hizo otra vez aquellas magníficas trenzas y se fue, contando cada paso, por los calientes rastrojos. Pero regresó a la era varias veces y Nanni no le dijo nada. Y, cuando tardaba en llegar, entre vísperas y nona, se iba, con el sudor en la frente, a esperarla a lo alto de la senda blanca y desierta. Después se llevaba las manos a la cabeza y le repetía siempre:

–¡Vete, vete y no vuelvas más a la era!

Maricchia lloraba noche y día, y siempre que veía a su madre volver pálida y muda del campo se plantaba ante ella con los ojos llenos de lágrimas, como una lobezna.

–¡Mala madre! –le decía–. ¡Mala madre!

–¡Calla!

–¡Ladrona!

–¡Calla!

–¡Iré a decírselo al brigadier!

–¡Ve!

Y finalmente lo hizo, con sus hijos en brazos, sin miedo a nada y sin verter una sola lágrima.

Como una loca, porque ahora también ella amaba a aquel marido que le habían dado a la fuerza.

El brigadier mandó llamar a Nanni y lo amenazó incluso con el presidio y la horca. Nanni se puso a llorar y a tirarse de los pelos, pero ni negó nada ni intentó disculparse.

–¡Es la tentación! –decía–. Es la tentación del infierno. –Y se arrojó a los pies del brigadier suplicándole que lo mandara a presidio–: ¡Por caridad, señor brigadier! ¡Que me maten! ¡Que me metan en la cárcel! ¡No deje que la vea nunca más, nunca más!

–¡No! –respondió la Loba, por su parte, al brigadier–. Yo me guardé un rincón en la cocina para dormir cuando les di mi casa como dote. La casa es mía. ¡No quiero marcharme!

Poco después, a Nanni le pegó una coz el mulo y estuvo a punto de morir, pero el párroco se negó a darle la extremaunción si la Loba no salía de la casa. La Loba se marchó, y entonces su yerno pudo prepararse para irse también como buen cristiano: se confesó y comulgó con tales muestras de

arrepentimiento y de contrición que todos los vecinos y los curiosos lloraban junto al lecho del moribundo. Y mejor le habría ido si hubiera muerto aquel día, antes de que el diablo lo tentara de nuevo y se le metiera en el alma y en el cuerpo cuando estuvo curado.

–¡Déjame! –le decía a la Loba–. ¡Por caridad, déjame en paz! ¡He visto la muerte con estos ojos! La pobre Maricchia está desesperada. ¡Y ahora ya lo sabe todo el pueblo! Cuando no te veo, es mejor para ti y para mí…

Y habría querido sacarse los ojos para no ver los de la Loba, que cuando se clavaban en los suyos le hacían perder cuerpo y alma. No sabía qué hacer para librarse de aquel encantamiento.

Pagó misas para las almas del Purgatorio y fue a pedirles ayuda al párroco y al brigadier. Por Pascua se confesó y, a modo de penitencia, se arrastró lamiendo los guijarros delante de la iglesia, en lugar sagrado. Luego, cuando la Loba volvió a tentarlo, le dijo:

–Escucha: no vuelvas a buscarme a la era, porque, si lo haces, como hay Dios que te mato.

–Mátame –respondió la Loba–. No me importa, porque sin ti no quiero estar.

Cuando la divisó de lejos, en medio de los verdes sembrados, dejó de cavar la viña y fue a arrancar el hacha del olmo.

La Loba lo vio acercarse, pálido y con los ojos muy abiertos, con el hacha brillando al sol. Pero no dio un solo paso para retroceder, no bajó la mirada. Siguió caminando hacia su encuentro, con las manos llenas de amapolas rojas, comiéndoselo con sus ojos negros.

–¡Ah, maldita sea tu alma! –balbució Nanni.

LA AMANTE DE MALAHIERBA

Salvatore Farina

Querido Farina:

He aquí no un cuento, sino un esbozo de cuento. Al menos se le concederá el mérito de ser muy breve e histórico –un documento humano, como se dice ahora–, y tal vez os interese a ti y a todos los que estudian en el extenso libro del corazón.

Te lo contaré tal como lo he recogido por ahí, por esos senderos que transitan sólo los campesinos. Y te lo contaré con sus mismas palabras, sencillas y pintorescas, algo toscas para algunos, para mí muy hermosas. Trataré de que no se *note* al escritor: únicamente me interesa *lo sucedido*, ese hecho, las lágrimas verdaderas y las sensaciones que se han hecho carne. Y, también, las pasiones, que no puedo adjetivar como sencillas, porque no siempre lo son. No voy a teorizar más, pues ya lo hice en otro momento: no hablaré de los fenómenos psicológicos que conforman el argumento de un cuento ni de esos modernos análisis que tomamos a veces por científicos. Me interesan hoy el punto de partida y el punto de llegada. A ti te bastará, y también a otros lectores, estoy seguro… Seamos modestos, seamos humildes, porque ¿para quién escribimos realmente?, ¿no será únicamente para nosotros mismos? Tú eres un escritor de éxito y ya te has hecho todas las preguntas; sin

embargo, amigo, no sé si podrás responderme a ésta: ¿cómo serán las novelas del futuro: fruto de la imaginación o serán meros *sucesos*?

Te digo ahora que lo mejor sería que esas novelas escondieran su proceso de creación, de suerte que éste quedara envuelto en un halo de misterio y hubiera sólo armonía y… Así, parecería que la obra de arte se ha hecho a sí misma, sin mano ajena, sin mancha del pecado original.

Esto quiero contarte:

Hace ya algunos años, allá por el Simeto, andaban a la caza de un bandido, un tal Malahierba que de punta a punta de la comarca había dejado tras de sí el terror de su fama. Carabineros y soldados, incluso de caballería, lo seguían desde hacía dos meses sin haber logrado darle alcance.

Quizá, porque iba solo y deprisa, y se escondía bien. La mala hierba parece encontrar tierra fértil en cualquier parte. Aquí y allá reaparecía, un martes, un jueves, un domingo.

Se acercaba el tiempo de la siega y muchos rezaban para que Dios segara aquella hierba, a aquel hombre, al que temían tanto que nadie salía al campo.

Cuando el miedo llegó hasta lo más alto, hasta el prefecto, éste hizo llamar a carabineros y soldados, a sus oficiales, incluso a los voluntarios, pocos, que se habían alistado para perseguir a Malahierba.

Comenzaron a batir la provincia como si fuera una finca, como si Malahierba fuera un animal salvaje. A pie, a caballo… Pero el bandido se escapaba siempre, se escurría de entre sus manos. «Caza encarnizada», decían cuando alguno era víctima de los disparos de su escopeta. Y así aumentaba su triste fama: en los emparrados de las tabernas, en los casinos, a la puerta de las iglesias.

Las patrullas dormían de pie, pues parecía que Malahierba no descansaba nunca. En doscientas millas a la redonda corría la leyenda de sus gestas, de su valor, de su fuerza, de aquella desesperada lucha suya en solitario contra mil hombres, agotado, hambriento, abrasado por la sed, en la inmensa y achicharrada llanura, bajo el sol de junio.

Por aquel entonces, Peppa, una de las muchachas más bellas de Licodia iba a casarse con Finu, que tenía buenas tierras y una mula en la cuadra, y que era un muchacho alto y guapo, de los que llevan el estandarte de Santa Margarita sin encorvarse por el peso.

La madre de Peppa, feliz por la suerte de su hija, se pasaba las horas contemplando en el baúl el ajuar de la novia: la ropa blanca, «bordada como la de una reina»; los pendientes, que

le llegaban a los hombros, y los anillos de oro para los diez dedos de la mano. Precisamente se casarían por Santa Margarita, que caía en junio, después de la siega del heno.

Finu, al regresar todas las noches del campo, dejaba la mula a la puerta de la casa de Peppa y le decía a ésta, con gran contento, que la cosecha sería abundante, que, si Malahierba no les prendía fuego a los campos, las trojes no bastarían para guardar todo el grano. Le hablaba de la abundancia futura y le hablaba también de su boda.

Pero Peppa no dejaba de pensar en Malahierba.

Sin conocerlo siquiera, había imaginado que era un hombre diferente a los demás, mejor que Finu, mejor que cualquiera. Así se lo dijo a su madre y así se lo dijo, aunque con otras palabras, a Finu. Pronto se enteraron las vecinas, que hicieron correr el bulo de que Malahierba se presentaba cada noche en la casa de Peppa, que entretanto se limitaba a vivir su pasión en sueños aunque se despertaba llena de deseo y con los labios ardientes, sedienta.

Ante aquello, su madre decidió encerrarla en casa, atrancando la puerta, y tapó todas las rendijas de la ventana con estampas de santos.

Un día, a pesar de las estampas benditas supo que Malahierba había estado en las chumberas de Palagonia.

–¡Ha habido disparos durante más de dos horas! –decían–. Ha muerto un carabinero y hay tres de la compañía de armas heridos. Pero le han disparado tal granizada de fusilería a Malahierba que esta vez de su guarida manaba un lago de sangre .

A la noche siguiente, Peppa se santiguó ante el cabecero de la cama de su madre y huyó por la ventana.

Malahierba seguía en las chumberas de Palagonia. A pesar de todo, no habían podido atraparlo en aquella madriguera de conejos, aunque estaba muy herido y ensangrentado, pálido por el hambre de dos días.

Vigilaba abrasado por la fiebre y con la carabina cargada. Cuando, poco antes del amanecer, vio llegar a Peppa por entre los espesos matorrales, dudó antes de disparar. Y, al fin, quizá porque era una mujer, no lo hizo.

–¿Qué quieres? –preguntó–. ¿Qué vienes a hacer aquí?

–Vengo a quedarme contigo –dijo ella mirándolo fijamente–. ¿Eres tú Malahierba?

–Sí, soy Malahierba. Pero mejor será que te des la vuelta. ¡Vete! Aquí no puedes estar.

–Ahora ya no puedo volver a casa –contestó ella–. Es de día y el camino está lleno de soldados.

–¡Vete! ¿Qué me importa a mí eso? Cada uno que cuide de su pellejo. –Peppa se dio media vuelta como un perro apaleado, pero Malahierba le dijo–: Ya que estás aquí, ve a buscarme un poco de agua al arroyo.

Peppa fue sin decir nada. Malahierba, al oír los disparos, se sonrió y pensó: «Ésos eran para mí».

Pero poco después vio regresar a la muchacha, cantimplora mano, pálida y ensangrentada. Malahierba, sediento, se abalanzó sobre ella y después de beberse toda el agua dijo:

–Has podido escapar. ¿Cómo lo has hecho?

Ella le contó cómo estaban dispuestos los carabineros en la otra orilla y los lugares por donde podía escapar. Él se echó a reír y preguntó:

–¿Quieres venir conmigo?

Ella asintió con avidez.

Y así fue como Peppa comenzó a vagar con Malahierba por valles y montañas, siempre hambrienta y sedienta, medio desnuda, mitad amante, mitad pordiosera, entregada a él y sin otro motivo para vivir que estar a su lado. Corría para buscarle agua, para buscarle pan, y ponía su propia vida en peligro a cada momento. Por el agua para él, por el pan para él. Y, si regresaba con las manos vacías, su amante, devorado por el hambre y la sed, la azotaba.

Finalmente, una noche en que brillaba con fuerza la luna y Malahierba había querido salir a caminar para estirar las piernas, pues creía que estaban lejos de las patrullas, oyeron una compañía de armas tomar posiciones.

–A ti no te harán nada –le dijo a Peppa–. Quédate aquí mientras yo escapo hacia el norte.

Por miedo o por entrega, Peppa se quedó paralizada. Y gracias a la luz de la luna vio a Malahierba correr entre los arbustos y los canchales.

Sonaron unos disparos. Malahierba apareció al poco. No lo habían herido. Ni un solo acierto.

Pero tenía una pierna rota.

–¡Se acabó! –dijo con los ojos inyectados en sangre como un loco–. Ahora sí que van a apresarme.

Al día siguiente, lo pasearon, herido y sangriento, por las calles del pueblo en un carro. La gente se agolpaba para verlo: pálido, brutal, con aspecto de monstruo de feria. «¿Y por él había dejado la Peppa a Finu?», se preguntaban algunos.

Pero Finu no apareció por allí, sino que se escondió para no sentir vergüenza.

La pobre madre de Peppa tuvo que vender toda la ropa blanca del ajuar, los pendientes de oro y los anillos para los diez dedos con el fin de pagar a los abogados de su hija, a quien llevó de nuevo a casa, enferma, deshonrada y con el hijo de Malahierba en el vientre.

Durante todo el proceso, Peppa rezó más por su amante que por ella, aunque no encontró consuelo en el rezo. Pidió clemencia para el bandido, pero no habría clemencia. Pidió ayuda a las gentes del pueblo, a quienes les dijo que Malahierba nada malo les había hecho, pero no la ayudaron. Sólo Finu le prestó atención y le dio un buen consejo, pues todavía la amaba:

–¡Vete! Aquí no recibirás más que desprecio y burla, y también tu hijo.

Pero Peppa se quedó en casa junto a su madre, que moriría de pena poco después. Entretanto, los vecinos aseguraban que Peppa salía por la noche al bosque y regresaba con un bolsillo cargado de oro. Por eso no entendieron por qué puso tanto empeño en vender la casa cuando murió su madre.

Ella le dijo a Finu:

–Ahora ya puedo irme de aquí.

Fue a la ciudad. Se instaló en un cuarto cerca de la cárcel donde habían trasladado a Malahierba definitivamente, aunque luego supo, mucho tiempo después, que en realidad lo habían mandado lejos, a una penitenciaría de las colonias.

Sobrevivió, tras rondar cada día el tétrico edificio tratando de adivinar cuál sería la celda de Malahierba, gracias a las limosnas de los carceleros y soldados, de los mismos carabineros que habían apresado a su amante, a quienes ahora admiraba por su resolución y su fuerza bruta como antes había admirado, sin conocerlo, a Malahierba.

Se pasaba los días en el cuartel, limpiando botones y polainas, cepillando uniformes y barriendo los barracones con una pasión que antes sólo había sentido por Malahierba. Le pusieron mil apodos, todos ellos vergonzantes. Pero ni aun así cejó en su admiración por aquellos hombres. Y sólo sentía vergüenza cuando alguno, al ver corretear a su hijo por entre las piernas de los carabineros, decía:

–Mirad, mirad cómo se parece el hijo de Malahierba a su padre.

GUERRA DE SANTOS

De repente, mientras iba San Rocco tranquilamente por la calle, bajo el baldaquino, con los perros alrededor, además de un gran número de velas encendidas, la banda, la procesión y el cortejo de devotos, se produjo un alboroto, una estampida general, un caos de mil demonios: curas que corrían con las sotanas remangadas, trombas y clarinetes por el aire, mujeres que chillaban, sangre por los arroyos y lluvia de palos, palos que caían como fruta madura ante las narices de San Rocco bendito. Acudieron el magistrado, el alcalde, los carabineros: al hospital se llevaron a quienes tenían los huesos rotos, los más revoltosos fueron a dormir a la cárcel, el santo regresó a la iglesia a toda prisa, y no a paso de procesión, y la fiesta terminó como las comedias de garrotazos.

Y todo aquello por envidia de los del barrio de San Pasquale, porque aquel año los devotos de San Rocco se habían gastado un ojo de la cara para hacer las cosas a lo grande: trajeron a la banda de la ciudad, dispararon más de dos mil cohetes, incluso habían confeccionado un estandarte nuevo cosido con hilo de oro que brillaba tanto en medio de la muchedumbre que parecía brotar del mismo cielo. Todo ello había suscitado la envidia de los devotos del otro santo, y uno de ellos, ya sin paciencia, se puso a gritar, pálido como un muerto: «¡Viva San Pasquale!». Así comenzó la refriega.

No cabe duda de que gritar aquello delante de San Rocco era una provocación.

–Ahora quiero ver yo –decía Nino, pisoteado y maltrecho– quién tiene valor todavía para gritar «¡Viva San Pasquale».

–¡Yo! –respondió furibundo Turi, el curtidor, que pronto sería su cuñado: estaba fuera de sí por un puñetazo que le habían dado en la pelea y que lo había dejado medio ciego–. ¡Viva San Pasquale hasta la muerte!

–¡Por amor de Dios! ¡Por amor de Dios! –gritaba su hermana Saridda, poniéndose entre su hermano y su novio. Los tres se habían entendido muy bien hasta aquel momento.

Nino, el novio, voceaba como escarnio:

–¡Vivan mis botas! ¡Viva Santa Bota!

–Conque Santa Bota… –gritó Turi echando espuma por la boca, con los ojos hinchados–. ¡Toma por San Rocco, toma! ¡Toma bota!

Patadas, puñetazos. Nadie conseguía separarlos. Ni Saridda, que, enloquecida, había comenzado a gritar también «¡Viva San Pasquale!», lo que le costó un disgusto con su novio.

–No quiero volver a oír hablar de ese cristiano –dijo con rabia Saridda cuando las vecinas le preguntaban por qué se no se celebraba ya la boda–. ¡Ni aunque me lo entreguen vestido de oro y plata! ¿Habéis oído?

Aquélla no fue la única ruptura, claro. Y en muchos casos tuvieron que intervenir el alcalde, que prometió prohibir todas las fiestas futuras, y el obispo, que disimuladamente abogaba, siguiendo las indicaciones del Papa, por la gente del barrio bajo, los devotos de San Pasquale, quienes habían pasado de no tener zapatos que calzar a enriquecerse con la nueva industria del curtido de pieles, y ya es sabido que en este mundo se compra o se vende la justicia como el alma de Judas.

En San Pasquale esperaban al delegado de monseñor, que era un hombre de pro –dos hebillas de plata de media libra cada una en los zapatos–, con una banda de música que debía salir a su encuentro a tres millas del pueblo.

Los habitantes del barrio alto estaban por ello muy nerviosos, y algunos pelaban gruesas varas de peral y de cerezo, y decían con sorna:

–¡Si va a haber música, alguien habrá de llevar la batuta!

El delegado del obispo corría el peligro de salir con los huesos rotos en su entrada triunfal. Pero aquel cura, que era muy vivo, dejó plantada a la banda y, poco a poco, sirviéndose de algunos atajos, llegó a la casa del párroco, donde se reunió con los cabecillas de los dos partidos.

–No habrá más celebraciones –dijeron al unísono el delegado del obispo, que se tenía por la paloma de Noé, y el acalde. Y, al momento, como dando por zanjado el encuentro–: Pasen a tomar un chocolate para celebrar la fiesta.

–Nadie nos puede decir en qué hemos de gastar nuestro dinero –exclamó Bruno, el carretero.

–Las órdenes del Gobierno y de la Iglesia son precisas. Si se celebra la fiesta, mando llamar a los carabineros –dijo el delegado del obispo.

–Del orden respondo yo –sentenció el alcalde dando con la sombrilla en el suelo y echando una mirada en derredor.

–¡Haremos una revolución entonces! –gritó Bruno.

Pero no sólo provocaba revuelo aquella rivalidad, sino también algunas decisiones interesadas del alcalde que favorecían sólo a unos pocos: a sus amigos y parientes.

Para dar ejemplo y apaciguar los ánimos, el delegado del obispo decidió confesar a todos aquellos que lo solicitaran: estaría mañana y tarde en la iglesia, el tiempo que hiciera falta.

–Padre –le dijo Saridda con la nariz pegada al confesionario–, Nino me hace pecar todos los domingos en la iglesia.

–¿De qué modo, hija mía?

–Ese cristiano iba a ser mi marido antes de que hubiera estos jaleos en el pueblo. Pero, ahora que se ha anulado la boda, se planta junto al altar mayor para mirarme y reírse con sus amigos durante toda la santa misa.

El cura prometió hablar con Nino.

–Pero si es ella la que gira la cara en cuanto me ve, como si fuera un apestado –respondió él.

En realidad, *jugaban* el uno con el otro, faltándose el respeto. Él fingía que no la conocía cuando ella pasaba a su lado, y ella hacía lo propio. Y siempre delante de otros, para mayor escarnio. Si se encontraban en un bautizo no se saludaban, como si no se conocieran de antes; es más, Saridda coqueteaba con el padrino de la bautizada y él con la hermana soltera del padre de la niña.

Como dicen allí, «para conocer a una persona, hay que comer con ella un saco de sal».

–El alcalde asegura que finalmente habrá fiesta –murmuraba la gente en las calles.

Y Nino decía:

–¿Qué quieren celebrar ésos, si no tenemos ni pan para comer y desde marzo no llueve una gota de agua?

Bruno, el carretero, decía que en cuanto saliera San Pasquale en procesión llovería. Pero los curtidores y los carreteros, que en realidad eran los que menos necesitaban el agua, sacaron a San Pasquale y no llovió. Los campos de mayo estaban achicharrados por el sol y las espigas dobladas.

–¡Maldito San Pasquale! –gritó Nino escupiendo a sus propios sembrados–. Me has arruinado. No me has dejado más que la hoz para cortarme el cuello.

Todo el barrio alto estaba desolado: era uno de esos largos años en los que el hambre comienza en junio y las mujeres se sientan a la puerta de sus casas, despeinadas y sin nada que hacer, con la mirada ida.

Saridda oyó que Nino vendía su mula para poder pagar el arrendamiento de aquellas tierras que no le daban nada y sintió que desaparecía su enfado. Enseguida envió a su hermano Turi para que le ayudara con el dinero que tenían ahorrado.

Nino esperaba con las manos en los bolsillos mientras alguien miraba la mula, toda enjaezada.

–No quiero nada –le respondió a Turi–. Gracias a Dios aún tengo brazos. Buen santo San Pasquale, ¿verdad?

Turi le dio la espalda para no acabar mal y se marchó. Pero la verdad era que los ánimos estaban exaltados después de haber sacado en procesión a San Pasquale a levante y a poniente con aquel resultado. Lo peor era que muchos del barrio de San Rocco se habían sumado a la procesión, haciendo incluso las mayores penitencias, por el temor que sentían a la sequía. Y, ahora, sintiéndose insultados, engañados, pedían justicia o trifulca, tanto les daba, al delegado del obispo, que se fue del pueblo discretamente y sin banda de acompañamiento.

Luego se supo que en la ciudad estaba muriendo mucha gente a causa del cólera.

–Aquí no llegará –dijo el alcalde, que había ordenado a los de la compañía de armas que vigilaran los caminos para que de la ciudad no llegara nadie huido de la cuarentena ni nadie escapara tampoco del pueblo.

–No será nada –decían los pocos que, por no haber podido escapar al campo, seguían en el pueblo–. San Rocco bendito guardará a su pueblo, y al primero que salga de noche le despellejamos.

También los del barrio bajo corrieron descalzos a la iglesia de San Rocco, que era el protector de todas la epidemias.

Pero enseguida aparecieron los primeros casos de cólera, a pesar de la protección de San Rocco.

Nino y Turi no se habían vuelto a ver desde lo de la mula, pero apenas Nino supo que los dos hermanos estaban enfermos, corrió a su casa.

Encontró a Saridda, negra y desfigurada, en el fondo de un cuartucho, junto a su hermano, algo menos enfermo pero loco de atar porque no sabía qué hacer para curar a Saridda.

–¡Ay, San Rocco ladrón! –sollozó Nino–. Esto sí que no me lo esperaba yo… ¿No me reconoces, Saridda?

La muchacha tenía tal aspecto que parecía a punto de apagarse.

Pero un día se curó, si bien estuvo amarilla como la cera virgen mucho tiempo.

–San Rocco me ha salvado, ha hecho el milagro, y tú también tienes que venir a llevarle una vela para su fiesta –le decía a Nino.

Nino, con el corazón encogido, decía que sí con la cabeza, pero ya se sabía enfermo.

–Vaya un milagro que ha hecho San Rocco –le decía Turi en broma para consolarlo, ya que él seguía preso de la enfermedad.

Al poco tiempo de curarse, tomaban el sol juntos, apoyados en la pared de la casa de los dos hermanos, echándose en cara el uno al otro su San Rocco y su San Pasquale. En una de ésas pasó Bruno, el carretero, que volvía del campo, pues había acabado el cólera, y les dijo:

–Tenemos que hacer una fiesta, para agradecer a San Pasquale que nos haya salvado del cólera.

–Sí, haremos la fiesta por todos los que han muerto –sugirió Nino.

–¿Acaso estás vivo gracias a tu San Rocco? –dijo Turi.

–¡Se acabó! –soltó Saridda–. A ver si va a ser necesario otro cólera para hacer las paces.

CALZONAZOS

Igual que cuando vamos al cosmorama en las fiestas del pueblo, y vemos pasar de uno en uno a Garibaldi y Vittorio Emanuele, ahora viene Calzonazos, que tiene también una buena historia y es un gran ejemplo para todos esos locos que tienen el juicio en los pies y hacen lo contrario de lo que suelen hacer los cuerdos, que es comerse el pan en paz.

Decían que se merecía el mote porque llenaba su puchero gracias a Dios y a su mujer, y comía y bebía a costa de don Liborio mejor que muchos reyes.

Se había empeñado en casarse con Venera, sin tener sobre qué caerse muerto, sin más capital que sus brazos para ganarse el pan. Inútil fue que su madre, la pobre, le dijera:

–Deja en paz a la Venera, que no es para ti, que lleva la mantilla levantada y enseña el pie cuando va por la calle.

Los viejos saben más que nosotros, y por nuestro bien debemos escucharlos. Pero a él no se le apartaban del pensamiento ni aquel zapatito ni aquellos ojos; así pues, se casó con ella sin querer entrar en razón, y su madre se marchó de casa, después de vivir treinta años en ella, porque suegra y nuera son, ya se sabe, como perro y gato. La nuera tanto hizo y tanto dijo que la pobre vieja gruñona tuvo que dejarle el campo libre e ir a morirse a un tugurio; entre marido y mujer había riñas y peleas cada vez que era necesario pagar la mensualidad del tugurio aquel. Cuando un atardecer, finalmente, la pobre anciana dejó de penar, él corrió al oír que le habían dado el viático, pero no pudo recibir su bendición ni escuchar las últimas palabras de la moribunda, pues ésta, con los labios ya sellados por la muerte y el rostro desfigurado, yacía

en un rincón de la casucha y solamente conservaba vida en los ojos, con los que parecía querer decirle tantas cosas.

Quien no respeta a sus padres, labra su desgracia y recoge el fruto amargo.

Fue entonces, al convertirse Venera en el ama de la casa, y de qué modo, cuando todos comenzaron a llamar a su marido con aquel mote que pronto llegó a sus oídos, aunque diríase que sin importarle. Ni siquiera habló de ello con don Liborio, con quien compartía mucho.

Podría decirse que eran socios. Tenían un cercado a medias y treinta ovejas, y juntos arrendaban los pastos. Don Liborio daba su palabra como aval cuando iban al notario. Calzonazos le llevaba las primeras habas y los primeros guisantes, le cortaba la leña para la cocina y le pisaba la uva en el lagar; a él, a cambio, no le faltaba nada: ni trigo en el saco, ni vino en el cántaro, ni aceite en la orza. Su mujer, blanca y colorada como una manzana, lucía zapatos nuevos y pañuelos de seda; don Liborio no les cobraba sus visitas e incluso les había apadrinado un chico. En suma: como a él le gustaba pensar, constituían una sola casa, y llamaba a don Liborio «señor compadre».

Pero sucedió que tan angelical paz se convirtió en un infierno; de pronto, en apenas un día, quizá en un solo instante. Según cuentan los otros labradores que araban el barbecho, y que estaban charlando a la sombra a la hora de siesta, fue sólo casualidad que acabaran hablando de él y de su mujer, y ninguno se dio cuenta de que Calzonazos se había echado a dormir muy cerca, detrás de un arbusto. Por eso se suele decir: «Cuando comas cierra la puerta y cuando hables mira a tu alrededor».

Esta vez, sí, parece que el diablo hizo blanco en él, clavándole en el alma, como un clavo, aquellos insultos.

–¡Ese cornudo de Calzonazos –decían– se está comiendo a don Liborio!

–Come y bebe en el barro. ¡Y engorda como un cerdo!

Qué sucedió entonces nadie lo sabe. Sólo que Calzonazos se levantó de pronto y, sin despedirse, ante el estupor de los demás, echó a correr hacia el pueblo. «Como mordido por una tarántula», dijeron después.

A la puerta de su casa se encontró a don Liborio, que salía tranquilamente, abanicándose con el sombrero de paja.

–¡Escúcheme, señor compadre: si le veo otra vez en mi casa, lo mato!

Don Liborio se le quedó mirando como si hablara en turco y creyó que con aquel calor se le había derretido el cerebro a Calzonazos, pues no podía creer que éste, que había consentido tanto, estuviera celoso de repente.

–¿Qué le pasa hoy, compadre? –dijo, conciliador, don Liborio.

–¡Lo dicho: si le veo otra vez en mi casa, lo mato!

Don Liborio se encogió de hombros y se marchó, parece que riendo. Calzonazos entró en su casa aún más alterado y le dijo a su mujer:

–Si veo aquí otra vez al señor compadre, lo mato.

Venera alzó el pecho, se puso en jarras y comenzó a reñir e insultar a su marido, que asintió a todo mientras sus hijos lloraban. Finalmente, cogiendo un palo que había junto a la puerta y blandiéndolo ante él, lo echó de casa y le gritó que ella hacía lo que le venía en gana.

A partir de aquel día Calzonazos ya no trabajó igual en el barbecho. Estaba siempre ausente, a nada respondía. No era el mismo. Un sábado, antes de anochecer, clavó la azada en un surco y se marchó sin cobrar la paga de la semana. Su mujer, al verlo llegar sin el dinero y, además, dos horas antes de lo habitual, volvió a insultarle; luego le ordenó que fuera a la plaza para comprar sardinas en salazón, pues tenía un capricho porque le dolía la garganta. Pero él, por primera vez, no quiso moverse de allí y ni siquiera miraba a su mujer, sino a la niña, a la que había sentado en sus piernas, o a la gallina negra, que acurrucada bajo la escalera no cesaba de cacarear como cuando va a suceder una desgracia.

Don Liborio solía pasar por casa de Calzonazos después de sus visitas y antes de jugar en el café su partida de tresillo. Aquella noche, Venera comenzó a decir que quería que el médico le tomara el pulso, que todo el día había sentido calentura por el mal que tenía en la garganta.

Calzonazos permanecía callado en su sitio, pero, cuando se oyeron en la tranquila callejuela los lentos pasos del doctor, que se acercaba poco a poco, cansado quizá de su última visita, resoplando a causa del calor y abanicándose con el sombrero de paja, Calzonazos cogió el palo con el que su mujer lo había echado de casa días atrás y se escondió tras la puerta. Venera, que había ido a la cocina para echar otra brazada de leña a la lumbre no se dio cuenta de nada. No vio a su marido escondido tras la puerta, no vio que don Liborio entraba en la casa, no vio que el palo le abría la cabeza como si fuera la de un buey, de tal manera que no fueron necesarios ni médico ni cura.

Así fue como Calzonazos acabó en la cárcel.

NOTA DEL TRADUCTOR

Existen diferentes versiones de los relatos de Giovanni Verga. Y, como bien ha señalado Francesco Spera, «particularmente complicada» es la «pequeña historia» de libros como *La vida en el campo*: textos que se publican en revistas, textos que se reúnen en un solo volumen, textos que vuelven a ser reescritos y «modernizados» por su autor años después… A pesar del trabajo de la Fondazione Verga, de sus ediciones críticas y de prestigiosos nombres como Carla Riccardi, el lector de Verga en italiano puede encontrar variantes «no canónicas» de sus relatos con muchísimo sabor, tan interesantes o más que las consabidas.

Para esta edición, conservando el conjunto fijado por el propio Verga, hemos acudido, pensando más en el lector común que en el especialista, a aquellas versiones que nos parecían más logradas literariamente, recogidas en diferentes fechas, a lo largo de casi un siglo, tanto en periódicos y revistas como en folletos y libros. Por su calidad y claridad hemos de destacar algunas ediciones de la obra de Verga que nos han servido de punto de partida para nuestro trabajo: *Tutte le novelle*, cuidada por Riccardi para Mondadori (Milán, 1979); *Le novelle*, obra de Tellini para Salerno Editrice (Roma, 1980); *Novelle*, con prólogo de Leonardo Sciascia y estudio y notas de Giulio Carnazzi, publicada por Rizzoli (Milán, 1981); y *Novelle*, una de las más conocidas y mejores recopilaciones de los relatos de Verga, preparada por Spera para Feltrinelli y que incluye un magnífico prólogo de Vincenzo Consolo (Milán, 1992).

Además, para esta traducción he tenido muy en cuenta, pues en algunos pasajes sus interpretaciones y su prosa eran insuperables, otras traducciones al español de este libro –tanto en España como en América Latina–, todas ellas publicadas entre 1915 y 1920, cuando aún vivía Verga; muy especialmente las de Rivas Cherif, Ruiz Sommers y José Valbuena para sellos como Calpe, Edición Latina o Corregidor. No conozco otras traducciones con fecha posterior.

HUGO BACHELLI

NOTAS

1. La expresión eufemística *il pane del re* se refería antiguamente al alimento que recibían los reclusos y los desterrados. En *el pan que se gana la hermana* hay una alusión a la prostitución. [Nota del traductor.]

ÍNDICE

Fantasía

Jeli, el potrero

Malospelos

Nobleza rústica

La Loba

La amante de Malahierba

Guerra de santos

Calzonazos

Nota del traductor

Table of Contents

Fantasía
Jeli, el potrero
Malospelos
Nobleza rústica
La Loba
La amante de Malahierba
Guerra de santos
Calzonazos
Nota del traductor